

EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE LA II REPÚBLICA DURANTE LA GUERRA CIVIL

- VIÑAS, Ángel: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona, 2006, 551 pp.
- , *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Crítica, Barcelona, 2007, 734 pp.
- , *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Crítica, Barcelona, 2008, 618 pp.

Cuando Ángel Viñas presentó *La soledad de la República* como el primer libro de una trilogía sobre «la República en guerra y el contexto internacional», más de uno no pudo evitar ciertos signos de escepticismo ante el anuncio de una obra que exigiría una dedicación intensa y prolongada y una considerable resistencia mental y física, y más aún si, como parecía deducirse del anuncio, el autor pretendía llevarla a cabo con bastante premura. Pues bien, dos años después de aquella fecha ya está completa la trilogía. Son dos mil páginas de texto denso, para lo que el autor ha movido un volumen ingente de documentación y que ha analizado con profundidad para responder a las múltiples preguntas planteadas sobre el tema, a otras que se ha ido formulando a medida que avanzaba la investigación y para despejar dudas, mentiras y patrañas que otros sedicentes investigadores han ido sembrando en este campo.

La realización de este trabajo precisaba, evidentemente, un historiador avezado y en este sentido Ángel Viñas contaba con antecedentes que lo acreditaban para ello: en 1974 ya publicó *La Alemania nazi y el 18 de julio*, seguido poco después por *El oro español en la guerra civil* (1976) y *El oro de Moscú: alfa y omega de un mito franquista* (1979). Cuestiones que en ningún momento han dejado de interesar a este historiador, tal como lo demostró con el libro *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil: antecedentes y consecuencias* (2001). Pero este autor, además, está dotado de grandes capacidades para la investigación historiográfica y dispone de un abundante bagaje intelectual y profesional: políglota, catedrático de Economía Aplicada, técnico comercial y economista del Estado, y diplomático al

servicio de la Comisión Europea durante muchos años, ha puesto todo su saber y experiencia para llevar a cabo este trabajo.

En los tres libros de la trilogía se observan una serie de constantes: en primer lugar, cada uno de ellos es un libro de tesis que está expresamente formulada en los respectivos títulos y subtítulos, al mismo tiempo que se explicitan el contenido de cada uno y el segmento cronológico en el que se desarrollan, producto del «análisis crítico documentado»: *el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, en el primero (*La soledad de la República*); *el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, en el segundo (*El escudo de la República*); y *entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, en el tercero (*El honor de la República*). Es decir, el primero se sitúa en los primeros meses de la guerra civil, en el que el autor trata también las complejas relaciones internacionales entre los países que se implicaron a lo largo del conflicto. El segundo delimita con precisión el marco cronológico a través de su contenido, desde noviembre de 1936 a finales de mayo de 1937; y el tercero está dedicado a los casi dos años que duró la presidencia del consejo de ministros y la dirección de la guerra de Juan Negrín bajo los tres condicionantes que se enuncian en el subtítulo.

La segunda constante que se observa es el acervo documental en el que se apoya cada uno de los volúmenes, que procede de los archivos ingleses, franceses, de los de la propia República, sobre todo los de Juan Negrín (fondos de Las Palmas de Gran Canaria y de París), y muy especialmente de los de la URSS. Estos últimos eran inéditos en su mayoría, y de ellos el autor no sólo ha obtenido información sino que también han servido para desmontar las patrañas construidas sobre la intervención soviética en la guerra civil a partir de los textos y declaraciones de ex agentes soviéticos que se pasaron a la zona occidental durante la guerra fría. En muchas páginas de cada uno de los volúmenes puede hacerse una doble lectura paralela: la del texto elaborado por el autor, que constituye el discurso historiográfico expositivo, argumentativo o dialéctico, y la de las notas a pie de página, en donde constan las referencias documentales, los extractos de algunos textos, las manipulaciones, tergiversaciones y mutilaciones efectuadas sobre ellos, y los agentes de tales actos. Todo lo cual contribuye a enriquecer el texto principal y hacer más sugerente su lectura. Una forma de calibrar el trabajo que se encierra en esta trilogía es el simple repaso de las noventa y ocho instituciones, organismos y cargos públicos cuyas siglas transitan por el texto del primer volumen, de las ciento seis del segundo, y de las doscientas treinta y siete llamadas por el autor «*dramatis personae*», en *La soledad de la República*, de las que ciento una eran españoles, veintidós ingleses, veintinueve franceses, cuarenta y seis soviéticos, cinco mexicanos, nueve alemanes, diez y seis italianos y nueve norteamericanos, que forman un conjunto bastante difícil de mover y que en todo caso necesitan un escenario de amplias dimensiones en el que cada uno encuentre su lugar y que el autor ha acertado a montar.

La tercera constante es que en cada uno de los libros de esta trilogía no hay sólo documentación, análisis y mucha reflexión sino también debate: con los revisionistas, es decir, con aquéllos que, con gran éxito editorial, han traducido al lenguaje actual los viejos textos propagandistas del franquismo, como la *Historia de la*

Cruzada de Joaquín Arrarás, y los más modernos de Ricardo de la Cierva, Stanley Payne, Burnett Bolloten, Bartolomé Bennassar, Antony Beevor y César Vidal, a los que fundamentalmente niega el valor documental en los que se apoyan, y con otros historiadores y analistas con los que, a pesar de que aplican un estricto rigor intelectual en sus trabajos, no coincide en sus apreciaciones y valoraciones, como sucede en algunos casos con Pablo Martín Aceña, Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, Enrique Moradiellos, Ricardo Miralles y otros. Asimismo, critica y desmonta las elaboraciones efectuadas por los ex agentes soviéticos Alexander Orlov y Walter G. Krivitsky y por el periodista Mijail Koltsov. Por ello, puede afirmarse que Ángel Viñas expone sus ideas con la convicción que da el saber y la valentía que le lleva a establecer la línea divisoria entre la certeza y el error. Pero este autor, además, es un historiador honesto, consciente de los límites a los que ha llegado el conocimiento historiográfico actual; por lo que no conduce sus argumentaciones más allá de lo que permiten las fuentes conocidas, pero plantea las cuestiones y ofrece generosas sugerencias para la investigación posterior.

Analizando cada uno de los volúmenes de la trilogía, *La soledad de la República* está dividida en tres partes: la primera tiene como título «¿Quién echa una mano a la República?» para resaltar el desconcierto, la debilidad y, en último término, la soledad en la que se encontraría el Gobierno de la República ante la rebelión militar entre el 19 de julio y los primeros días de septiembre de 1936. En aquellas seis semanas el Gobierno republicano constata la retracción de Francia y la enemistad británica (*La perfidia de Albión*, de la que trató E. Moradiellos en 1996), que proponen y encabezan el Comité de No Intervención, a pesar de que los servicios secretos británicos detectaban la ayuda que los gobiernos de Italia y Alemania estaban prestando a las fuerzas rebeldes; en cambio, a la República se le cierran aquellos mercados. Ángel Viñas analiza con precisión las razones que explican estas actuaciones. Pero la No Intervención en España equivalía a reconocer de hecho la categoría de beligerante a la facción rebelde del ejército (Junta de Defensa Nacional) y colocarla en el mismo plano que al gobierno legítimo y con mayor nivel de tolerancia. El autor, además, desmonta documentalmente las patrañas difundidas en aquellos países sobre la inminente revolución comunista que estallaría en la España republicana. En medio de aquella soledad el Gobierno republicano acudirá a los traficantes internacionales de armas y solicitará ayuda a la Unión Soviética.

En la segunda parte «Ayudas y autoayuda», el autor trata de la formación del primer Gobierno de Largo Caballero, Gobierno de concentración republicana, que iniciará el proceso de recuperación del poder central del Estado y de reconstrucción del ejército republicano, en el que estará representado el Partido Comunista y en el que el socialista Juan Negrín se hará cargo de la cartera de Hacienda. Asimismo trata del cambio de estrategia de la Unión Soviética hacia la República española y del traslado del oro del Banco de España a los depósitos militares de Cartagena. Para situar adecuadamente la relación que establecerá la República con la URSS se ha de tener en cuenta que entre ambos países no existían relaciones diplomáticas, de manera que las primeras peticiones de ayuda se realizaron a través de la embajada en París. La ayuda soviética a la República española se debió, a juicio de

Ángel Viñas, a razones geopolíticas, para impedir la expansión del fascismo en el suroeste europeo ya que la URSS estaba preocupada prioritariamente por la estabilidad de las relaciones internacionales, y a razones ideológicas porque veía a la CNT y al POUM como afines a los trotskistas a los que Stalin estaba persiguiendo con saña.

Por último, en la tercera parte, «Para la defensa de la República», trata el autor de la llegada de la ayuda militar soviética a la República, de la formación de las Brigadas Internacionales y de la salida del oro de los depósitos de Cartagena hacia la URSS. Con el armamento y la aviación soviética, dice Ángel Viñas, se equilibraba el potencial militar de la República con el que disponían los rebeldes, aunque aquella lo recibía con excesivo retraso y los perjuicios sufridos en los meses anteriores serían difícilmente superables. Pero con aquel material y la ayuda de las Brigadas Internacionales la República pudo contener al ejército franquista en las proximidades de Madrid, y con el oro, pagar el material adquirido, al contado y a altos precios, porque la República había perdido todo el crédito en los mercados financieros internacionales.

El escudo de la República está dividido en cuatro partes: en la primera, «La República monta por fin un dispositivo para resistir», Ángel Viñas trata de la llegada del primer material de guerra soviético y de otros suministros procedentes de la URSS, lo que si, por una parte, equilibraba los recursos militares republicanos con los de los rebeldes, por otra, incentivaba a los italianos y alemanes a subir su apuesta por Franco, entrando en una carrera en la que el Gobierno republicano siempre fue por detrás. Pero la cuestión más llamativa tratada en esta parte es la de los asesinatos de Paracuellos del Jarama que, significativamente, el autor titula «La sombra letal de Paracuellos», para resaltar las repercusiones que tuvieron a escala internacional, sobre todo en el Gobierno británico, y en el interior. En esta cuestión, Ángel Viñas procura poner en orden la sucesión de los acontecimientos y detectar a los implicados en los asesinatos, colocando detrás de los ejecutores, milicianos de la CNT y del PCE, al agente soviético Orlov, que tomaría la iniciativa o sugeriría la operación.

En la segunda parte, «¿Una guerra internacional por interposición?», el autor trata de la influencia que intentaron ejercer las potencias que ayudaban a uno y otro bando en la dirección de la guerra y en la política en general; pero el capítulo más interesante es el dedicado al análisis y la valoración de las reservas de oro depositadas en un banco de Moscú, que suponían entre dos tercios y tres cuartos del total de las del Banco de España. Una parte importante de éstas había sido depositada anteriormente en París. Estas operaciones se realizaban, utilizando las palabras de Ángel Viñas, «entre la frialdad francesa y la gelidez británica».

La tercera parte se titula «La República en un círculo vicioso», círculo con dos líneas de actuación: la política, referida a la dirección de la guerra, en la que se da una cierta contradicción entre la ayuda soviética, a la que acompañaban algunas ideas sobre como dirigirla, y la dirección efectiva llevada a cabo por el Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra, Largo Caballero; y la económica, en la que el círculo se cierra con la pretensión del Gobierno republicano de obtener más material de guerra para contrarrestar las cada vez mayores disponibilidades del mando

franquista, lo que conduciría a un encarecimiento de los precios que actuaría como un dogal para la República.

En la cuarta parte, por último, titulada «Hacia el cambio de guardia», Ángel Viñas trata de la caída del Gobierno de Largo Caballero y el nombramiento de Juan Negrín para sustituirle, después de los acontecimientos de mayo de 1937 en Barcelona. Éstos significaron la voladura del Gobierno desde dentro ya que los comunistas y cenetistas lucharon frente a frente en las calles de Barcelona; pero al mismo tiempo se ofrecía en la zona republicana una escena del drama soviético de la persecución de los trotskistas por los stalinistas, representados los primeros por los cenetistas y los militantes del POUM, que sufrieron la represión correspondiente, en cuya ejecución se produjo la desaparición y asesinato de Andreu Nin. En este proceso el autor intenta también poner en orden los acontecimientos y desvela asimismo la intervención de Orlov en la muerte del dirigente poumista. Otra de las cuestiones sobre la que Ángel Viñas trata de proyectar alguna luz es la relativa a los elementos que condujeron al nombramiento de Negrín como Presidente del Gobierno: ¿El apoyo comunista o la decisión de Manuel Azaña compartida por los dirigentes socialistas del sector de Prieto? La opinión del autor se inclina sin ninguna duda por la segunda opción por considerar a Negrín como el único dirigente socialista capaz de convencer a los comunistas para que entraran en el Gobierno manteniendo a la vez el apoyo del sector mayoritario del PSOE.

El honor de la República, según Ángel Viñas en una de sus conclusiones, estriba en haber sido la primera que se enfrentó en su territorio a la expansión del fascismo, pero asimismo, según sus palabras, fue «su talón de Aquiles». Y continúa escribiendo: «Como ya Azaña reconoció lúcidamente, podía luchar contra Franco pero no podía luchar a la vez contra Alemania e Italia, potencias agresoras, y contra el Reino Unido, potencia debilitadora. No hay deshonra para los republicanos en haber sucumbido». Y el mismo autor, tratando de resumir el contenido de este volumen, dice en el prólogo que «se centra en aspectos básicos y sobre los cuales se ha cebado durante setenta años la polémica..., desde una triple óptica: la de los ajustes de cuentas entre los vencidos...; la de los vencedores..., y la pergeñada por numerosos historiadores en un molde conceptual todavía preso de la atmósfera de la guerra fría». Planteamientos cuyo desarrollo llevará consigo, primero, «la desmitologización del vector soviético», que supondrá una reinterpretación de la guerra civil, contraria a la que aún defienden los historiadores pro-franquistas; y, segundo, el análisis de la conducta de los gobiernos británicos hacia la República, de una manifiesta hostilidad.

Este volumen, por último, está dividido en cuatro partes: la primera, «La República topa con limitaciones», ya que, como se ha dicho antes, ésta siempre fue a remolque de Franco en el aprovisionamiento de recursos militares. De ahí la conexión con la segunda parte: «Franco se fortalece, la República no», tanto en el aspecto militar (suministros continuos de armas y ataques de los submarinos alemanes e italianos [piratas del Mediterráneo] a los mercantes que abastecían a la República) como en el ideológico (la carta colectiva del episcopado español), e incluso por las repercusiones desfavorables para la ayuda soviética a la República de la guerra chino-japonesa. La tercera parte, «La República, fragilizada», durante

los primeros meses de 1938, en los que la sufre graves reveses militares y políticos, pero en los que también Francia permite el paso de material de guerra por su frontera. En la cuarta parte, «El hundimiento», el protagonista principal es Negrín, el «alma de la resistencia», en palabras de Ángel Viñas, lo que en el contexto de la batalla del Ebro y la pérdida de Cataluña le llevará a enfrentarse, primero, con Azaña y, después, con el sector prietista del PSOE, los republicanos, los nacionalistas y los anarcosindicalistas.

Los volúmenes de esta trilogía, por lo tanto, son libros bien documentados y contruidos, con los que se sitúa en un nivel muy alto el conocimiento historiográfico sobre la guerra civil española y las implicaciones internacionales que suscitó y que condicionaron su desarrollo. Estos tres volúmenes, a partir de ahora, deben considerarse de referencia obligada para los lectores, estudiosos e investigadores sobre estas cuestiones que, setenta años después, siguen presentes entre las preocupaciones intelectuales, ideológicas y vitales de una buena parte de la sociedad española.

Glicerio Sánchez Recio
Universidad de Alicante

BERAMENDI, Justo: *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 2007, 1.244 pp.

El autor de este monumental libro no es gallego de nacimiento, sino madrileño, aunque dado que la identidad nacional siempre es libremente elegida, en este libro, así como en toda su trayectoria, manifiesta un extraordinario amor a Galicia en tanto que patria sentimental. Es, asimismo, un hombre que llegó ya en su madurez al oficio de historiador, tras una trayectoria formativa en el ámbito de las ciencias técnicas, que compartió con actividades diversas, como la de traductor. Se licenció en historia al borde de los cuarenta años, en 1980, y accedió a cátedra en 1995. En esos quince años que median entre la licenciatura y la cátedra se convirtió en uno de los mayores expertos en la historiografía de los nacionalismos peninsulares y la teoría del nacionalismo, para lo que contó con la valiosa ayuda de conocer el idioma en que ésta se ha hecho: el inglés. Quizá por ello fue muy consciente de los vacíos que lastraban el estado de los estudios del nacionalismo en la universidad española: localismo temático; desconsideración por los contextos históricos; positivismo expositivo; asimilación de la cultura del nacionalismo y politización de las investigaciones. Todo ello lo señaló en numerosas publicaciones, muchas de ellas de orientación bibliográfica, que ayudaron mucho a los que empezábamos por entonces nuestra carrera profesional. Además, en esos años tuvo también capacidad para respaldar carreras prometedoras de colegas más jóvenes que han resultado ser esenciales para el avance de esta materia. Así, junto con Ramón Villares, fue constituyéndose en el principal referente de este Departamento (dotado de una cantera de jóvenes investigadores envidiable) en el espacio universitario español.

Esta consideración biográfica me resulta esencial para presentar este libro pues, si toda obra resulta un reflejo de la personalidad de su autor, ésta responde a este principio de una forma particularmente perfecta. Esta monumental investigación proporciona una extensa historia política del regionalismo y nacionalismo gallegos entre los inicios del liberalismo y la Guerra Civil. Y constituye, en paralelo, la culminación de treinta años de investigación histórica sobre ese complejo mundo político que constituye el «galleguismo», un objeto histórico difuso, en el que se dan cita formulaciones regionales y locales, nacionales de contradictorio signo (español o gallego), así como multitud de partidos, ligas y asociaciones.

De todo ello queda constancia en este libro, que parte de una investigación doctoral que se encontraba aún inédita. Las razones de esta tardanza aparecen en el prefacio a la obra y están muy vinculadas a esa tensión que todo historiador afincado en esta cosa llamada España sufre cuando va ascendiendo en la jerarquía universitaria y se va sintiendo ahogado entre las obligaciones de la docencia y la administración, que son los dos ejes esenciales del mundo universitario. En esa tensión, que tiene poco de creadora y mucho de destructora del oficio de historiador, la investigación tiende a remitir, si no a desaparecer, lo que fomenta posturas acomodaticias, no en vano dedicarse a ella implica invertir un tiempo que se debe tomar de fuera del trabajo, de la familia, la pareja, las amistades y el ocio personal.

Así, el que este trabajo haya visto la luz resulta una revelación de muchas cosas. Una de ellas, que su autor no ha cedido a los cantos de sirena que tanto contribuyen a sedar trayectorias prometedoras que se truncan una vez alcanzada la meta de «colocarse» en la función pública. Otra, que una extensa investigación sólo conocida en sus resultados parciales consigue, por fin, salir a la luz, convertida en una narración amplísima en sus detalles sobre cómo fue fabricándose Galicia como una singularidad política, en tanto que región con aspiraciones al autogobierno y nación con derecho a la soberanía.

Y finalmente, y es aquí donde me detendré, el que este trabajo vea la luz constituye un motivo de celebración por cuanto es el resultado final de una trayectoria profesional sumamente coherente y ordenada en la consideración del regionalismo y el nacionalismo como un fenómeno esencialmente político, compuesto de características sociales y económicas que deben ser estudiadas, con el fin de valorar (e, incluso, cuantificar) los fundamentos objetivos de las identidades nacionales. Tal es el presupuesto del autor y así lo ha defendido en toda su trayectoria profesional. Desde una perspectiva un tanto discrepante con ese método, dados los peligros teleológicos que creo que pueden condicionarlo, yo siento en todo ello una coherencia absoluta, que invita a debatir académicamente, costumbre que se ha ido perdiendo (si es que alguna vez se disfrutó) en la Universidad española.

En este libro, Justo Beramendi reivindica un análisis desprejuiciado del fenómeno nacional, atento a todos los factores objetivos, de signo social y político, que permitan establecer, parafraseando a Walker Connor —de cuyos presupuestos no se muestra tan distante, remito, si no, a la peculiar pregunta a que responde en la página 1129— «cuándo [se] es una nación». Beramendi entiende que ésta sólo existe por impulso del nacionalismo y en un determinado contexto de

modernización social y política, mientras advierte que, si eso es así, existen precondiciones culturales que permitirán que ciertos grupos sociales, inicialmente minoritarios, formulen una concepción nacional. Además, reclama la legitimidad de la filosofía marxista para analizar la interrelación entre las estructuras, los cambios y los conflictos socioeconómicos, y sus consecuencias en lo político, y así discernir qué grupos sociales son los más interesados o reticentes en formular una idea nacional y defenderla políticamente, dado que, en su opinión, las naciones son creadas como respuesta a necesidades de materia política, social y económica.

Beramendi reivindica, además, la viabilidad de una cercanía emotiva al objeto nacional, en caso de que la pueda haber, dado que cualquier aproximación crítica radical siempre ocultará, en su opinión, la filiación a otro nacionalismo competitivo. Ello explica, por ejemplo, que en la presentación editorial del libro se diga que éste se terminó de imprimir en la víspera del Día de la Patria Gallega. La anécdota podría parecer una voluntad de juego con los símbolos e imaginarios nacionales, pero creo que va más allá y que refleja su creencia de que se puede hacer una historia del nacionalismo desde la sintonía emotiva con su cultura. Este tipo de reivindicaciones suelen parecerme un tanto quiméricas, pero en el caso de este historiador no me lo resultan tanto. Y es que la sintonía emocional se ve en él limitada por una decidida voluntad analítica. Así, en toda esta investigación existe una abrumadora voluntad de restringir al mínimo la tentación de la valoración frente al análisis, algo que no deja de demostrar, además, el peso del referente histórico sobre el científico-social.

Beramendi expone en este libro cómo la nación gallega que comienza a formularse en forma de ideal patriótico etno-regionalista va convirtiéndose, en el último tercio del siglo XIX, a través de intelectuales liberales y tradicionalistas implicados en el resurgimiento cultural autóctono, en un referente ideológico complejo, con variados contenidos historicistas, organicistas y etnicistas, al que se le irán atribuyendo dos funciones principales. Por un lado, ser cauce de reivindicación de un nuevo poder político local alternativo al del Estado. Por el otro, ser cauce de una movilización social y organización política que permita asentar un proyecto nacional alternativo (en parte o en todo) al del Estado.

La consecución de este objetivo tendrá lugar con la aparición explícita del nacionalismo, una vez que, en acertada metáfora de Beramendi, la formulación patriótica de Galicia terminara por consumir el «parricidio» de España, es decir, desposeyera a ésta de condición nacional para atribuirle ésta únicamente a Galicia y a otras colectividades étnicas del Estado (caso de Cataluña o el País Vasco). El surgimiento del movimiento de *Irmandades da Fala* en 1918 enmarcará esta definitiva objetivación de Galicia como una nación autónoma de España, si no opuesta a ella. Ese movimiento nacionalista culminaría, en la II República, con el Partido Galeguista y el movimiento en pro del Estatuto de autonomía para, ya en el tardofranquismo, encontrar en el marxismo el eje ideológico que le permitiría transformarse, ya en la democracia, perdiendo sus componentes tradicionalistas y convirtiéndose en un movimiento político progresista y pragmático, el Bloque Nacionalista Galego, que, poco a poco, conseguiría alcanzar la completa unifica-

ción de las diversas facciones galleguistas y formar un bloque de izquierdas que alcanzaría el poder autonómico en 2005.

El regionalismo y nacionalismo integrados en el fenómeno del «galleguismo» son descritos en este libro como dos movimientos políticos compuestos por individuos de número y composición socioeconómica variables, movidos por un conjunto de ideas e intereses no necesariamente armónicos, que adoptan actitudes y emprenden acciones muy diversas en el plano político, que a veces les llevarán a constituir organizaciones específicas que, al contrario que en otros territorios peninsulares, nunca serán de carácter unitario y homogéneo, y rara vez conseguirán aglutinarlos a todos, siquiera desde una perspectiva ideológica mínima, tradicionalista o liberal.

Todo el libro es un ejercicio minucioso de descomposición analítica de los diversos fenómenos que afectaron a estos movimientos sucesivos y los acompañaron en su trayectoria política: por un lado, en sus dimensiones internas y locales (debates ideológicos, pugnas políticas, acuerdos y desacuerdos, conciertos organizativos y plasmaciones políticas y electorales), y, por otro, en sus factores externos y sus relaciones con los otros nacionalismos o regionalismos peninsulares en el marco de la construcción del Estado español. Este ejercicio es parcelado en tres partes cronológicas: la primera, dedicada al movimiento provincialista, entre 1840 y 1876; la segunda, dedicada al regionalismo y sus diversas variantes e intelectuales, entre 1876 y 1918; y la tercera, dedicada al definitivo nacionalismo, entre 1918 y 1936, prestando especial atención al movimiento de *Irmandades da Fala* y al Partido Galeguista durante la II República. Un epílogo cierra su análisis, destacando los aspectos generales del movimiento nacionalista en la clandestinidad franquista y en la democracia actual.

Toda esta trayectoria nacionalista es estudiada en cada marco cronológico según el método comentado, centrado en el análisis de las diferentes dimensiones del fenómeno regional-nacional gallego. Por un lado, la ideológica, prestando atención a las teorías provincialistas, regionalistas y, finalmente, nacionalistas, a las ideologías que se enmarcaban en ellas, tanto liberales como tradicionalistas, y a los programas políticos que fueron formulados, centrados todos ellos en la consideración de la singularidad identitaria gallega. Por otro, la organizativa: estudiando las características y desarrollo de las organizaciones políticas, sindicales y culturales que se reclamaban como parte del movimiento regionalista y, posteriormente, nacionalista.

Otro campo de análisis es la dinámica política, las acciones en el sistema político, prestando especial atención a las elecciones, en especial a partir de la apertura del sistema parlamentario y electoral durante la crisis de la Restauración, así como a las relaciones con fuerzas políticas como la derecha católica o la izquierda obrera republicana durante la II República. En este ámbito, la cuantificación del fraude electoral, especialmente en el proceso de aprobación del Estatuto de 1936 resulta una contribución especialmente novedosa.

Otra dimensión analizada en cada etapa de su análisis es la social. De forma novedosa, y como colofón a largas décadas de investigación monográfica, su análisis proporciona un aparato estadístico en el que establece el origen socioprofe-

sional de los regionalistas y nacionalistas, gracias a un estudio exhaustivo de las fuentes documentales de sus organizaciones, ligas, hermandades y partidos, en el que no falta una aguda llamada de atención sobre la aparición de nuevos sujetos sociales en la década de los veinte y los treinta, de forma similar a otros casos como el vasco o el catalán, como fueron los jóvenes (responsables de los comportamientos más radicales y violentos, véase el vivo retrato de los *angry young men* independentistas surgidos de la dictadura primorriverista) o las mujeres, ya en la II República.

Asimismo, este historiador analiza ampliamente la débil implantación social del nuevo nacionalismo en el movimiento organizativo urbano, caso del movimiento obrero y republicano, y en el rural, caso del asociacionismo agrario, de especial importancia en el universo social y político gallego, en donde el regionalismo precedente había tenido mayor fortuna. Beramendi proporciona en este ámbito incluso un ensayo de la incidencia de la implantación de sus medios de comunicación, mediante el análisis de la tirada de las revistas y periódicos afines a estos movimientos, así como de la publicística generada por ellos.

Un apartado que echo de menos en el exhaustivo análisis que proporciona Beramendi es la dimensión que la *nation-building* alcanzó en la Galicia contemporánea. Así, si la referencia contextual acerca del proceso nacionalizador español y la respuesta periférica a éste siempre está presente, incardinada a la trama específicamente gallega, falta, pese a ello, un análisis de cómo esa dimensión tomó forma en Galicia. Buena parte de su estudio demuestra la compatibilidad entre el provincialismo y regionalismo gallegos y el ideal de nación española. Sin embargo, ello no le lleva a valorar en qué medida el mismo regionalismo que es entendido como precedente del nacionalismo gallego podía ser, a su vez, nacionalismo español. Además, todo ello no se relaciona con la propia dimensión nacionalizadora del Estado o de los agentes locales que, junto con la promoción de la identidad propia, se implicaron en Galicia en la difusión de la identidad española y la legitimación del Estado nación, con mayor o menor carga crítica a la dimensión pretendidamente centralista de éste. La falta de reflexión sobre este asunto es especialmente reseñable, pues incrementa una sensación que ya habían conferido los anteriores trabajos monográficos de este autor: la de una cierta unidireccionalidad en el camino del regionalismo al nacionalismo.

Otro asunto que echo de menos es cómo dialoga la trayectoria de la construcción de la identidad nacional gallega con la teoría clásica acerca del nacionalismo. Justo Beramendi deja clara su desconfianza de las teorías culturalistas e, incluso, de las modernizadoras acerca de este fenómeno, por cuanto tienden a difuminar la importancia del factor político e ideológico. Sin embargo, una obra tan vasta como la suya sienta la posibilidad de una comparación con los otros casos de nacionalismos ibéricos, así como una reflexión acerca de cómo se adecua el caso gallego a las diversas teorías acerca del nacionalismo que siguen recorriendo la ciencia social actual.

Y es que cuanta mayor es la información acerca del pasado proporcionada, más son las preguntas que surgen y más el espacio que se contempla por recorrer. Este libro enorme ha permitido, así, a este recensionista volver a percibir la di-

mención proteica e inabarcable de nuestra ciencia. Ni siquiera mil páginas pueden solventarla, pues es inherente a su dimensión vital y profundamente humana.

Mi conexión personal con el mundo académico gallego, en cuyos márgenes deambulé durante unos años, me ha permitido conocer en cierto grado el importante impacto de este libro en la opinión pública local. Uno de los elogios menos afortunados que ha recibido, en mi modesta opinión, es el que lo ha descrito como la definitiva «Biblia del nacionalismo gallego». Y es que la Biblia no es un libro al que esta investigación deba asociarse. En tal caso, correrá el riesgo de ser adquirido para que luzca en los estantes como un objeto reverencial, pero nunca susceptible de ser leído. Mejor dejar que se convierta en lo que debe ser: un cauce de debate y promoción de nuevas investigaciones acerca del «modelo gallego de nacionalización», sus peculiaridades y sus conexiones con esa brumosa «cuestión nacional» a la que España (como Galicia) está condenada a referirse a la hora de evaluar su identidad colectiva. Dejémonos de biblias, pues, y acudamos a este libro para seguir reflexionando sobre la «insoportable levedad» de nuestro ser nacional, dado que contamos, gracias a él, con una importantísima información acerca de cómo dicha levedad fue manifestándose, políticamente, en tierras gallegas...

Fernando Molina Aparicio

GRANJA SAINZ, José Luis de la: *El oasis vasco. El nacimiento de Euskadi en la República y la Guerra Civil*, Tecnos, Madrid, 2007, 504 pp.

George L. Steer, el corresponsal del *Times* que denunció el bombardeo de Guernica, describió en términos idílicos la gestión de José Antonio Aguirre: «fue capaz de mantener el orden y la verdadera paz de la Iglesia; dio libertad a todas las conciencias, alimentó a los pobres, curó a los enfermos, dirigió todos los servicios de su gobierno sin que se produjera una sola querrela entre el ejecutivo y el pueblo». Se trataba del primer Gobierno autónomo vasco, aquel que fundó Euskadi como entidad política, pero ¿fue en realidad el territorio gobernado por Aguirre un oasis civilizado en la bárbara España de la guerra civil? La imagen de un oasis vasco-navarro había surgido ya antes, con un significado algo distinto, cuando en 1931 era el único rincón de España en que predominaban las derechas católicas. Una coalición de nacionalistas vascos y tradicionalistas promovió entonces el Estatuto de Estella, que al decir de Indalecio Prieto habría creado un Gibraltar vaticanista. Fue sin embargo el mismo Prieto quien impulsó con Aguirre el Estatuto de 1936 y en la trágica primavera de aquel año fueron las Vascongadas también un oasis dentro del clima de violencia dominante en España.

Esta imagen del oasis proporciona pues un buen título a una obra que analiza la historia política vasca de los años treinta, pero el libro de Granja no es el de un apologista como lo fue en su día Steer, sino el de un competente historiador profesional que busca ante todo la objetividad. El libro recopila una veintena de artículos publicados ente 1986 y 2006 en diversas revistas y obras colectivas, algunos de

ellos de difícil acceso, que en su conjunto proporcionan una magnífica exposición de una etapa crucial en la historia de Euskadi. El Estatuto de 1936 sólo estuvo en vigor durante algunos meses, pero marcó un precedente de enorme trascendencia, porque, en palabras de Granja, fue un «Estatuto de mínimos» que Aguirre convirtió en una «autonomía de máximos».

Al tratarse de una recopilación de artículos, se producen en el libro inevitables repeticiones y es probable que sólo pocos lectores vayan a leerlos todos. Algunos ofrecen análisis globales, muy útiles por la capacidad de síntesis que demuestra su autor, mientras que otros representan aportaciones monográficas. En esta reseña me limitaré a destacar algunos. Para empezar, aquel con que se abre el volumen y en el que aparecen sus principales tesis sobre «el problema vasco en la década de 1930». Un problema que Granja examina en sus dos facetas: la externa, que estribaba en la dificultad de integrar las aspiraciones del Partido Nacionalista Vasco en el Estado republicano, y la interna, que surgía del agudo conflicto entre las fuerzas políticas vascas. Existían en los años treinta cuatro líneas de fractura, referentes a la forma de gobierno, la cuestión social, la religiosa y la autonómica, y tres grandes corrientes políticas vasco-navarras: las izquierdas, entre las que destacaba el PSOE, las derechas, con la Comunión Tradicionalista como principal componente, y los nacionalistas, con el PNV como fuerza hegemónica. Esta situación podía dar lugar a diferentes juegos de alianzas, como las que se produjeron en 1931, cuando nacionalistas y tradicionalistas confluyeron en la defensa de la Iglesia católica y del orden social, y en 1936, cuando socialistas y nacionalistas llegaron a un acuerdo basado en la autonomía vasca. Este marco conceptual diseñado por Granja permite comprender la evolución del PNV entre ambas fechas, que fue acompañada por la asunción de los valores democráticos por parte de la generación de Aguirre e Irujo, así como su actitud durante la guerra civil. El PNV asumió un perfil bajo en los primeros meses de la contienda, se implicó a fondo tras la aprobación del Estatuto y la formación del primer Gobierno autónomo, y en buena medida se desentendió de la lucha cuando Franco ocupó Bilbao, lo que llevó a la rendición de los batallones nacionalistas en Santoña.

En contraste con lo ocurrido en Cataluña, que vio aprobado su Estatuto por las Cortes en 1932, el de Euskadi no fue aprobado hasta octubre de 1936. Las razones de que así fuera las examina Granja en su artículo sobre «los problemas de la autonomía vasca». Destaca en él varios factores que la retrasaron: la ausencia del PNV en el pacto de San Sebastián, del que surgió la República; la inexistencia de un órgano preautonómico como el que se formó en Cataluña; la división entre las derechas y las izquierdas, que elaboraron proyectos de Estatuto contrapuestos; la disonancia entre las orientaciones políticas de las provincias vasco-navarras y del conjunto de España durante el primer bienio; y el problema de Navarra, inicialmente integrada en el proyecto autonómico pero que luego se separó de él.

Respecto a la posición de las fuerzas nacionalistas durante el período bélico, resulta muy esclarecedor el artículo sobre «el nacionalismo vasco ante la guerra civil», que analiza las actitudes tomadas por Acción Nacionalista Vasca, el grupo *Jagi-Jagi* y el PNV. Acerca de este último, Granja hace suyo el clarividente diagnóstico de Azaña en vísperas de la caída de Bilbao: «los nacionalistas no se baten

por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su autonomía y semiindependencia».

Entre los estudios monográficos recogidos en el volumen hay dos que me parecen particularmente brillantes. En primer lugar el que se refiere a «la invención de una tradición: el *Aberrri Eguna*», que a través del análisis de su primera celebración en 1932, muestra la intensa imbricación entre sentimientos políticos y religiosos que caracterizó al PNV durante las primeras décadas de su historia, así como el culto que rendía a la figura de su fundador. Puesto a elegir un día de fiesta patriótica, el PNV optó por conmemorar aquel en que, cincuenta años antes, Sabino Arana había experimentado gracias a su hermano Luis su conversión a la fe nacionalista vasca. Y puesto que el fundador nunca se refirió al día concreto en que ello había ocurrido, se lo hizo coincidir nada menos que con la Pascua de Resurrección, estableciendo así un explícito paralelismo entre Cristo, salvador de la humanidad, y Sabino, salvador de la raza vasca.

El otro estudio monográfico que quiero destacar se refiere a «la justicia en la Euskadi en guerra». Tras su lectura no se puede evitar la conclusión de que efectivamente hubo un cierto «oasis vasco» durante el Gobierno de Aguirre. El consejero Jesús María de Leizaola logró restablecer el funcionamiento de la administración de justicia y desde entonces no hubo, en palabras de Granja, «más cárceles que las controladas por el Gobierno vasco, ni más tribunales que los establecidos legalmente». Pero no todo fue idílico. En enero de 1937, tras un bombardeo de Bilbao, fueron asaltadas las cárceles y 224 presos fueron asesinados. El Gobierno vasco no pudo evitarlo, pero al menos procesó a los culpables y la documentación del sumario, conservada en Salamanca, ha permitido a Granja esclarecer el polémico tema de las responsabilidades en aquel crimen. Los autores materiales del mismo fueron milicianos de un batallón anarquista y otro socialista, mientras que la responsabilidad política, por no haber tomado medidas preventivas, recayó en el consejero de Gobernación, el nacionalista Telesforo Monzón.

En resumen, estamos ante una obra de gran interés, con la que José Luis de la Granja demuestra una vez más ser uno de los mejores especialistas en la historia vasca del siglo xx. Una bibliografía, una cronología y un índice de nombres completan su utilidad.

Juan Avilés

AIZPURU, Mikel (dir.), APAOLAZA, Urko, GÓMEZ, Jesús Mari y ODRIOZOLA, Jon: *El otoño de 1936 en Guipúzcoa. Los fusilamientos de Hernani*, Alberdania, Irún, 2007, 344 pp.

La conmemoración del setenta aniversario del comienzo de la Guerra Civil ha supuesto un importante impulso para el desarrollo de la historiografía sobre el conflicto. El Congreso Internacional, celebrado en Madrid a finales de 2006, supuso una importante puesta al día de la situación actual del conocimiento de la

Guerra Civil. De modo paralelo al vigoroso impulso historiográfico, desde el verano de 2000 se ha desarrollado un importante movimiento social que, con el nombre genérico de recuperación de la memoria histórica, ha generado una importante controversia en la sociedad española y en la política de los últimos años.

El País Vasco no ha quedado al margen en el avance de la historiografía del conflicto, si bien la progresión de ésta no ha sido homogénea en los tres territorios. En paralelo a lo anterior, la recuperación de la memoria histórica, centrada casi de manera exclusiva en la recuperación de cuerpos de desaparecidos con motivo de la contienda, también ha tenido su importancia en el País Vasco. A las dos circunstancias anteriormente mencionadas debemos unir una tercera: el importante desarrollo de la historiografía local en las provincias vascas. Esta característica, desarrollada fundamentalmente en Vizcaya y Guipúzcoa, es en este último territorio donde ha alcanzado un desarrollo más importante. Revistas como *Bilduma* (Rentería), *Le-yçaur* (Andoain) o el *Boletín de Estudios del Bidasoa* (Irún), han sido cantera en las que hemos hecho nuestras primeras armas muchos de los nuevos historiadores del País Vasco. Unido a lo anterior debemos mencionar el incremento de historias locales realizadas con criterios científicos (casos de Rentería, Fuenterrabía, Villabona...), publicadas en los últimos años y que han venido a reforzar el peso de la historiografía de carácter local.

En lo que respecta al estudio de la Guerra Civil en general, y la represión en particular, se puede decir que Guipúzcoa está un estadio más desarrollado que Álava y Vizcaya. En este último territorio, la publicación del número 27 de la revista *Bidebarrieta*, editada por el Ayuntamiento de Bilbao, que recoge las actas del simposio celebrado en Bilbao con motivo del setenta aniversario de la Guerra Civil, ha supuesto un impulso importante en el caso de Vizcaya.

Todo lo anterior viene a reforzar el planteamiento de que el desarrollo de la historiografía local es, tal como señalaba en las conclusiones de mi estudio sobre la represión en Guipúzcoa, el instrumento necesario para recorrer el camino que queda pendiente en lo que se refiere al estudio de los procesos represivos. Desde la perspectiva local se pueden analizar realidades micro-históricas que, a veces, requieren el empleo de metodologías diversas. Del mismo modo, estos estudios solo pueden ser llevados a cabo desde un profundo conocimiento del medio, algo que en ocasiones solo es viable en un ámbito reducido como el local. Pero, para que estos planteamientos sean efectivos, estos estudios deben llevarse a cabo sin perder el modelo general de referencia de los estudios represivos. Asumiendo que éste se encuentra en continua modificación a la luz de los resultados de la investigación local, que lo confirman o modifican, podemos afirmar que en sus líneas generales está descrito y plenamente aceptado por la comunidad científica y que la aportación local es fundamental para completar el conocimiento global.

Estas premisas, que considero imprescindibles para que una obra de historia local no quede en localista, se cumplen ampliamente en la obra que reseñamos. Su planteamiento, a partir de un hecho concreto —los fusilamientos del otoño de 1936— en un marco concreto —el municipio de Hernani—, sobrepasa con creces el ámbito local para ofrecernos una completa síntesis del estado actual de los estudios sobre la represión, a la vez que no desatiende el ámbito local de Hernani.

En sus primeros capítulos, el libro supera la esfera local para centrarse en los acontecimientos en territorio guipuzcoano a lo largo de los primeros meses de la Guerra Civil. A la situación general en Guipúzcoa se le dedican dos capítulos que sintetizan la situación en la II República y el desarrollo de la Guerra Civil en el territorio. Los acontecimientos de Hernani se analizan en el capítulo dedicado a la represión en la localidad. En él se nos ofrece un rápido recorrido por el período que va de abril de 1931 a julio de 1936, que se completa con el estudio de los procesos represivos que se llevaron a cabo en la localidad y que responde a los recientes planteamientos metodológicos sobre la cuestión.

Mención especial merece el capítulo que se dedica a analizar lo que los autores denominan *dos casos singulares*: la captura del buque *Galerna* y el fusilamiento de los sacerdotes vascos por los franquistas, una parte de los cuales fueron asesinados en Hernani.

En dicho capítulo ambos episodios aparecen interrelacionados, al darse la circunstancia de que el sacerdote José Ariztimuño (*Aitzol*) fuese capturado en el *Galerna* y fusilado en el cementerio de Hernani el 18 de octubre de 1936. Sin embargo, creo que son dos procesos con entidad suficiente, sobre todo el referido al fusilamiento de sacerdotes por los franquistas, como para ser tratados de manera individualizada al responder a dos procesos diferentes, como son la problemática del clero guipuzcoano durante la Guerra Civil y la actividad de los servicios secretos durante la contienda, si bien ambos forman parte de un todo que es la guerra.

Pese a que no se aportan datos nuevos, el capítulo resulta una interesante síntesis de lo que conocemos de ambos episodios. Quizá sea criticable, al tratar de la represión del clero, que ésta se siga centrandó sólo en el caso de las ejecuciones de sacerdotes y religiosos, pero queda claro que la relación con Hernani está plenamente justificada.

A mi entender los dos capítulos más destacados del libro son el IV, centrado en el estudio de los modelos represivos durante la Guerra Civil, y el V, dedicado a los fusilamientos en Guipúzcoa. En ambos se lleva a cabo una interesante y completa revisión historiográfica de las cuestiones que se analizan. Posiblemente el análisis más destacado que realizan los autores se encuentra, sobre todo, en el capítulo V, una correcta crítica de las fuentes y de la historiografía sobre las ejecuciones llevadas a cabo en Guipúzcoa en los primeros momentos. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, se sigue sin poder aclarar la cuestión del número de fusilados en el territorio guipuzcoano.

El libro se cierra con dos capítulos que podemos situar plenamente en la corriente de recuperación de la memoria histórica. El primer de ellos analiza el escenario de los fusilamientos, el cementerio de la localidad, como «lugar de la memoria» desde los tiempos inmediatos a las ejecuciones hasta el presente. En último lugar, se ofrece una relación de las víctimas con una serie de datos que se han podido localizar sobre los mismos. Este apartado, meritorio y necesario como colofón de la obra, permite avanzar en el conocimiento de quienes fueron las víctimas de la represión de los primeros momentos. Esta etapa, la más difícil de historiar y la que menos rastro documental ha dejado, no es por ello menos importante que la

que se desarrolló en años posteriores, teniendo en el caso de Guipúzcoa, debido al desarrollo de la contienda, una especial importancia.

En conclusión, podemos decir que estamos ante una obra de gran interés. En ella se conjuga perfectamente el ámbito local con el marco general de referencia. Esto le permite llevar a cabo una revisión crítica de las fuentes empleadas de manera tradicional en el estudio de la represión y plantear un completo estado de la cuestión a tener en cuenta en sucesivas investigaciones sobre la represión franquista no solo en Guipúzcoa.

Pedro Barruso Barés

GOIOGANA, Iñaki, IRUJO, Xabier y LEGARRETA, Josu (eds.): *Un nuevo 31. Ideología y estrategia del Gobierno de Euzkadi durante la Segunda Guerra Mundial a través de la correspondencia de José Antonio Aguirre y Manuel Irujo*. Sabino Arana Fundazioa, Bilbao, 2007, 950 pp.

Un nuevo 31 constituye una importante colección documental que compila la correspondencia de dos importantes líderes nacionalistas, José Antonio Aguirre y Manuel Irujo, durante la Segunda Guerra Mundial. Mediante los escritos de ambos, el investigador puede acercarse a la ideología nacionalista en aquellos años cruciales y llenos de esperanza, los años que van desde el hundimiento del frente catalán a principios de 1939 hasta la celebración de la conferencia de San Francisco en el verano de 1945.

Con todo, este trabajo no es únicamente una recopilación de documentos. Goiogana, Irujo y Legarreta tratan de acercar al lector al contexto en el que esos documentos fueron generados mediante un amplísimo prólogo, en el que, además, vierten sus tesis sobre las ideas nacionalistas entonces gestadas, ideas que marcaron las líneas básicas de la estrategia política del Gobierno vasco hasta al menos 1950. Este prólogo se completa con una bibliografía crítica basada en textos contemporáneos —obras clásicas de carácter fundamentalmente político-ideológico—, que incluye las bibliografías completas de Aguirre e Irujo. A la bibliografía le sigue la colección documental propiamente dicha precedida de un índice de documentos. Los textos están ordenados siguiendo un criterio cronológico. En la tercera parte del libro, un índice onomástico y otro de materias enriquecen el ya de por sí exhaustivo trabajo.

Los documentos muestran bien a las claras que el Gobierno vasco, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, llevó a cabo una política manifiestamente intervencionista, pensando sobre todo en un futuro de paz y en una nueva Europa en la que los nacionalistas vascos proyectaron todas sus ambiciones; de ahí el título del libro. Según los autores de *Un nuevo 31*, los líderes nacionalistas no contemplaron el final de la Guerra Civil española como una derrota definitiva, sino como la batalla inicial de una contienda de mayores dimensiones que se iba a resolver de forma favorable a las fuerzas contrarias al nazismo. Creían firmemente que el

reparto de cartas en esa nueva tesitura se llevaría a cabo en consonancia con lo demostrado en la guerra. Y, por ello, decidieron participar activamente en aquella contienda. Pretendían evitar que sucediera lo mismo que había acaecido en 1931, es decir, que los vascos se quedaran al margen del proceso constituyente. Esa idea del retorno será uno de los *leit motiv* de la correspondencia del *lehendakari* Aguirre. La colaboración del Consejo Nacional de Euzkadi con el Conseil de Défense de l'Empire Français o las negociaciones con los Gobiernos británico y norteamericano han de entenderse como fruto directo de ese pensamiento.

La correspondencia recogida en el libro refleja claramente el fundamento doctrinal de los más relevantes documentos suscritos por el Gobierno vasco en su primer exilio. Hasta ahora, otras obras también mostraban documentación generada por los líderes vascos durante esos años. Los trabajos de Juan Carlos Jiménez de Aberasturi Corta (*Los vascos en la II Guerra Mundial: El Consejo Nacional Vasco de Londres (1940-1944)*) y *De la derrota a la esperanza: Políticas vascas durante la Segunda Guerra Mundial*) y *El profeta pragmático* de Ludger Mees, son buena muestra de ello. Ahora bien, la mayoría de la documentación compilada en *Un nuevo 31* es inédita. Ha sido recabada básicamente en el Archivo del Nacionalismo Vasco en Artea —gran parte en los archivos del SERE (Servicio de Emigración de Republicanos Españoles)— y en el archivo de la familia Irujo-Amezaga en Altzuza.

El principal criterio por el que se han regido Goigogana, Irujo y Legarreta a la hora de seleccionar los documentos ha sido la mayor o menor información que éstos ofrecen sobre las bases políticas, estratégicas e ideológicas de sus autores y del Gobierno vasco en general. La correspondencia entre Aguirre e Irujo constituye la base del conjunto documental, pero éste se completa con escritos de otros políticos o cargos importantes como José Ignacio Lizaso y Manu de la Sota, delegados del Gobierno vasco en Londres y Nueva York, respectivamente, o destacados líderes de la época, como Alfonso R. Castelao, dirigente del movimiento nacionalista gallego. También se han incluido informes, memorias, dictámenes o declaraciones que favorecen la comprensión del contexto y de la misma correspondencia. Siendo todos y cada uno de los documentos destacables, se puede subrayar en particular el n.º 013, el informe de Julio Jáuregui para el Euzkadi Buru Batzar, datado el 3 de enero de 1940, por cuanto en él quedan expuestas las fuentes económicas de las que dispuso el Gobierno vasco. Es un documento poco conocido y muy interesante. También merece ser subrayada la correspondencia entre Aguirre e Irujo en su conjunto, porque está completa y, entre otras cosas, descubre y coadyuva a comprender, en toda su dimensión, la polémica suscitada entre ambos protagonistas al cabo de año y medio de existencia del Consejo Vasco. Algunas de esas cartas habían sido publicadas con anterioridad, pero no en su totalidad.

Cabe destacar, asimismo, la actualidad de muchos de los planteamientos ideológicos que la documentación recogida refleja. Temas tan candentes hoy día como el derecho de autodeterminación, la soberanía nacional vasca, la independencia de Euzkadi, la bicefalia gobierno-partido, las relaciones con Madrid y París, la Europa de los Pueblos... son objeto de análisis en estas cartas. En ellas queda claro que el propósito de Aguirre era delinear los planes de actuación del Gobierno vasco en

el exilio, mientras que los planteamientos de Irujo son de marcado carácter ideológico, propios de alguien sin responsabilidades de gobierno. En general, la correspondencia en su globalidad revela las líneas estratégicas básicas del Ejecutivo vasco, que podríamos resumir en los siguientes enunciados: retorno a Euskadi tras la restitución democrática, unidad política y de acción entre las distintas fuerzas democráticas, internacionalización del conflicto vasco, defensa de los derechos humanos y apuesta por una federación europea.

Por consiguiente, son muchos y muy interesantes los documentos que recoge *Un nuevo 31*. Lógicamente, no están todos los que son. Los autores de este libro son conscientes de que las cartas generadas y recibidas por Aguirre entre 1940 y 1945 debieron ser muchas más de las que ellos han podido compilar. Sin embargo, los documentos transcritos y recogidos aquí son una magnífica muestra, un valioso exponente de la ideología de «preparamos el camino para volver a casa» y una invitación al investigador para sumergirse en los «papeles» del Archivo del Nacionalismo Vasco. Con *Un nuevo 31* la Fundación Sabino Arana inicia una colección destinada a la publicación de su documentación archivística. El segundo volumen de esta serie será la reedición del diario que el *lehendakari* Aguirre escribiera entre enero de 1941 y mayo de 1942.

Leyre Arrieta Alberdi

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M.: *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Alianza, Madrid, 2007, 380 pp.

Resulta una agradable novedad contemplar la incursión de especialistas españoles en ámbitos generales de la historia contemporánea que, como la Segunda Guerra Mundial, parecían hasta hace pocos años vedados a la participación de expertos ajenos a los países beligerantes. Aunque el libro se plantea como una «síntesis informada e interpretativa» del conflicto germano-soviético de la primera mitad de la década de los cuarenta, incluye dosis adecuadas de investigación en archivos, si bien se confiesa que se ha planteado como un ensayo previo de contextualización con vistas a la elaboración de una gran historia sobre la División Azul.

La perspectiva de análisis escogida es mixta. Aunque, como en su reciente estudio sobre la Guerra Civil española (*Fuera el invasor*, Madrid, Marcial Pons, 2006), el autor trata de dar prioridad a las dimensiones socioculturales del conflicto (perspectiva en boga en otras historiografías preocupadas de antiguo por la llamada «cultura de guerra»), resulta inevitable resaltar la importancia de las operaciones militares, cuyo análisis prevalece sobre las cuestiones políticas o económicas. En realidad, se alternan capítulos de tipo sociocultural, con abundante aporte de datos estadísticos, con otros de carácter militar, centrados sobre todo en las grandes batallas que jalonaron el conflicto, desde los ataques a ciudades como Moscú, Leningrado o Stalingrado hasta la batalla de Berlín, pasando por enfrentamientos decisivos en campo abierto como Kursk o la «Operación Bagration».

El conflicto germano-soviético fue, sin duda, la guerra de conquista y exterminio por antonomasia, un choque sin piedad entre dos utopías totalitarias, dos concepciones del mundo mutuamente excluyentes, dictadas por sueños de expansión imperial. Todos los autores actuales coinciden en que la campaña del Este tuvo características netamente diferenciadas respecto de otros frentes, sobre todo en su nivel de brutalidad. A tenor de los numerosísimos testimonios epistolares y memorias que se han conservado en el lado alemán (a los combatientes rusos, en gran parte iletrados, se les prohibió la escritura de cualquier tipo de diario), la guerra fue vivida en Europa Oriental como la universalización de la memoria del sufrimiento infligido o sufrido. Núñez Seixas hace arrancar esta actitud inmisericorde de un profundo atavismo antibolchevique que arranca del final de la Gran Guerra. Se habla del «síndrome del Vístula» (también podría llamarse de la línea Curzon) como la psicosis ante la amenaza de una invasión comunista «asiática» que brotó de la lucha de los *Freikorps* en los confines bálticos durante los años 1918-1919 y de la campaña polaco-soviética de febrero de 1919 a marzo de 1921, en la que Lenin vio a Polonia como el puente que el Ejército Rojo tendría que franquear para acudir en ayuda de los movimientos comunistas de Europa central y occidental. Como destacó en su día Ernst Nolte (*La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, FCE, 1995), de ahí arrancó la construcción deshumanizada del enemigo bolchevique como la «horda asiática» que nutrió el imaginario propagandístico de la cruzada antibolchevique europea, aunque en la genealogía de la misma se podría haber prestado mayor atención a la peculiar tarea emprendida desde 1924 por la Entente Internacional contra la Tercera Internacional. En su libro *La Wehrmacht. Los crímenes del ejército alemán* (Barcelona, Crítica, 2007), Wolfram Wette ha profundizado en los orígenes ideológicos, el desarrollo y la memoria colectiva de la brutalización de la guerra en los confines orientales, remontándose al antisemitismo militar de la época guillermina y a la forja de la imagen del «enemigo esencial» judeo-bolchevique por parte de la *Reichswehr* y las asociaciones ultranacionalistas durante la República de Weimar. La ideología nazi abundó en estos prejuicios, posibilitando el amplio consenso ideológico que suscitó la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941. El dilema fue plantear una guerra convencional con armisticio a la francesa o una guerra de exterminio en toda regla. Se escogió emprender una campaña de ese segundo tipo, deliberadamente planificada hasta el menor detalle, como lo demuestran las instrucciones asesinas de 1941.

Núñez Seixas también avanza y toma partido en algunos debates clave sobre el desarrollo de este conflicto, como los móviles que guiaron a la URSS a firmar el pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939. A ese respecto, asigna a la URSS gran parte de responsabilidad por su política expansionista en el Báltico, pero tampoco fue, como pretendió el *Oberkommando der Heeres* (OKH, Alto Mando del Ejército), una simple guerra de disuasión para alejar el peligro ruso de las fronteras del Reich. Fue una guerra estrictamente ideológica, de exterminio y de conquista, tal como había sido preconizada por Hitler en *Mein Kampf*, para hacer avanzar el *limes* imperial germano de Astrakan a Arkangelsk. Otra polémica en la que se tercia es la relación entre el conflicto germano-soviético y el Holocausto, elemento

central de la *Historikerstreit* que se planteó en la década de 1980 en torno a la excepcionalidad o no de los crímenes nazis: ¿fue la evolución de la guerra, como defienden los «funcionalistas» o «estructuralistas», la causa que impelió a los responsables nazis a decretar la «Solución Final» o bien, como piensan los «intencionalistas», el marco en que se desarrolló un plan de exterminio previa y largamente madurado? Núñez Seixas se inclina —acertadamente, a nuestro juicio— por una posición intermedia, en la que la disponibilidad de medios de destrucción de masa permitió poner en marcha un programa genocida ya ensayado de antemano, y que se volvió contra los mismos alemanes a partir de las derrotas de 1943.

Otro tema que se desarrolla en el libro es el despliegue de la violencia de guerra, que no se limita a la violencia inserta en las operaciones militares convencionales, sino que, junto con las reacciones psicológicas de los combatientes que liberan las pulsiones reprimidas por la cultura civil ante la violencia corporal y espiritual del campo de batalla (la legitimación de la muerte, la desculpabilización o la legítima defensa), se abordan estudios sobre la contracultura forjada por estos soldados, como la demonización del enemigo interior o la deshumanización del adversario en función de la movilización total, que concebía la población civil enemiga como parte del esfuerzo de guerra que había que destruir. Pero esta violencia de guerra también atañe a la población civil que fue agredida (torturas, violaciones, deportaciones, reconcentración, represalias, masacres, atrocidades, etc.) con fines económicos, políticos o de reorganización bajo criterios sociales o raciales, y que respondió a los invasores a través un variado elenco de actitudes de resistencia. A ese respecto, las exacciones perpetradas por las tropas alemanas en el Este siguen siendo objeto de encendidas polémicas, después de que historiadores como Omer Bartov, Christopher Browning, Marlis Steinert o Richard Rhodes confirmasen que no fueron las SS, sino la *Wehrmacht* la que perpetró las peores atrocidades. En concreto, Bartov ha rastreado los orígenes de la violencia genocida nazi en la construcción de una «cultura de tropa» y una memoria de la guerra patriótica que dio sentido al conflicto contra la Unión Soviética glorificando la experiencia del frente y difundiendo la ecuación judío=partisano=bolchevique desde finales de 1941. Esta actitud criminal se puede poner en relación con otro concepto acuñado por Bartov: la «perversión de la disciplina», que abarcaba tanto la erosión de la obediencia debida como el uso arbitrario y represivo de la autoridad contra los soldados prisioneros o la población civil.

El estudio de las interioridades del Ejército alemán permite desmitificar la imagen de una *Wehrmacht* técnicamente perfecta y moderna. Como Bartov, Núñez Seixas destaca la «desmodernización» que sufrió el Ejército alemán, y asigna a la modernización técnica y estratégica del Ejército Rojo, que aprendió gradualmente de sus errores, la aparte fundamental de la victoria, por encima de los errores del adversario y las adversas condiciones climatológicas. También se rompe con el mito de la campaña rusa como una gran cruzada europea antibolchevique. Aprovechando su gran conocimiento de las actitudes políticas de las minorías nacionales en la Europa de entreguerras, Núñez Seixas nos señala las debilidades de este tópico pseudohistorigráfico: los voluntarios no superaron el 1,5% del total de los efectivos movilizados, y tampoco fueron especialmente eficaces, con lo que se

rechaza de plano toda la literatura descriptivo-apologética elaborada en torno a las unidades de voluntarios y de las *Waffen-SS*.

Aunque se puede reprochar que el libro da prioridad a la perspectiva de la guerra vista desde el sesgo de Alemania y de sus aliados, también dedica reveladoras líneas a la reivindicación del nacionalismo ruso como elemento movilizador de la sociedad soviética. Una exaltación de la Gran Guerra Patriótica contra la invasión extranjera que muestra sus semejanzas (y así lo percibieron en su momento escritores como Ilya Ehrenburg) con el repertorio discursivo de los comunistas españoles durante la Guerra Civil.

En definitiva, el libro aspira a plantear el conflicto bélico nazi-soviético como una realidad global que las sociedades implicadas vivieron de muy distintas maneras y con muy diferentes expresiones, desde el duelo al escapismo, pasando por la violencia o la forja de una memoria colectiva de los acontecimientos vividos tanto por los civiles como por los «soldados políticos» comprometidos en esta lucha de exterminio contra la ideología rival.

Eduardo González Calleja

PRESTON, Paul: *El gran manipulador. La mentira cotidiana de Franco*, Ediciones B, Barcelona, 2008, 371 pp.

No podría llamar demasiado la atención que después de su monumental *Franco «caudillo» de España* (1994), corregido y ampliado después (Grijalbo, Barcelona, 2002), no le quedara ya nada más que decir a Paul Preston de nuestro insigne caudillo. Con Preston semejante presunción es siempre un error pues, aparte de que la figura de Franco llama poderosamente la atención por distintos motivos a cualquier hispanista, incluidos especialistas de otros períodos de nuestra historia (como Bartolomé Bennassar, por ejemplo), cualquier verdadero historiador, y no esos mal llamados «revisionistas históricos» que jamás revisan nada, nunca deja de revisar de verdad su obra actualizándola constantemente. A ello se ve obligado cualquier profesional serio que no considera su obra como un mero producto de consumo de usar y tirar, como quizás piensen de sus vacuas escrituras los aludidos «revisionistas». La apertura de nuevos archivos y con ello la aparición de hipotéticas nuevas fuentes documentales que pudieran corregir o matizar algún dato o conclusión más o menos provisional antes establecida, obligan permanentemente a ello. Además, no puede obviarse el hecho cierto de que nuestra propia visión de un personaje tan singular como sin duda lo es el general Franco y que tan determinante ha sido para la historia española del siglo XX, cambie también en el transcurrir de los años, en plena coherencia con la clásica afirmación de Benedetto Croce de que la historia es siempre historia contemporánea.

Éste ha sido y es sin duda el caso de uno de nuestros hispanistas más brillantes y prolíficos. Nos consta que Preston quedó exhausto tras tantos años de intensa dedicación a Franco, pero su propia curiosidad intelectual y su conocida capacidad

de trabajo, así como su nunca desfalleciente interés por España y los españoles no parecen saciarse nunca y se han venido plasmando en abundantes publicaciones que abarcan desde los ya cada vez más lejanos años 1930 hasta hoy mismo. Y, claro, los propios españoles no podemos por menos que quedar permanentemente en deuda con hispanistas de su talla, o de la de Ian Gibson por ejemplo, siempre prestándonos mayor atención de la que nosotros mismos somos capaces de dedicar a nuestra propia historia.

El origen remoto del presente texto es una visión crítica de Franco, que hubo de publicarse conjuntamente con otra más laudatoria o condescendiente del general, que fuera más accesible al gran público que su monumental biografía. Ha querido Preston revisar y ampliar aquella síntesis crítica y la publica ahora separadamente como obra autónoma. El resultado es un nuevo libro de dimensiones más «humanas», frente a las más de mil de la mentada biografía, destinado a un lector interesado pero no especialista. Ha sido un acierto. La estructura de la obra no es ahora forzosamente cronológica, como obliga cualquier estudio biográfico, sino una correcta combinación de ésta con los grandes temas que aún pueden estar sujetos a discusión y suscitan mayor interés historiográfico, si bien Preston, como ya hiciera con la biografía, ha primado más al primer Franco (hasta la plena consolidación de su poder absoluto en los cincuenta) que al último, ya decadente y desfalleciente, pero de no menor interés historiográfico.

En un primer capítulo nos destaca Preston la característica primordial del general Franco, un hombre de inteligencia media y poco cultivado, lo que no implica en absoluto que no fuera astuto, sagaz y taimado, al menos mucho más que sus más directos competidores: no fue otra que la ambición, una desmesurada ambición, tema nodal sobre el cual gira acertadamente todo el libro. Fue ésta la más sólida argamasa en la que fundió el resto de sus virtudes y capacidades. Como le dijo Ramón Franco a Vicente Guarnier, «Paco por ambición sería capaz de asesinar a nuestra madre y por presunción mataría a nuestro padre». Desde el punto de vista intelectual, ideológico o cultural no resulta nada complejo mostrar a un Franco rozando siempre el ridículo y disponemos de abundante documentación y testimonios para ello. Si bien una de sus más obvias cualidades, saber callar y no hablar a destiempo, le facilitó no incurrir en mayores desatinos e incluso pasar para su interesada corte de aduladores por un destacado estadista de rostro impenetrable. La propia volatilidad de su régimen tras su desaparición física (y con ella la de las estructuras represivas de la dictadura) nos muestra sin mayor esfuerzo lo absurdo de semejante pretensión. Su propaganda se encargó de servir siempre con eficacia y contundencia la permanente «Gran mentira» sobre la que edificó su propia figura e imagen de sí mismo y la de su régimen, sin que los más esforzados analistas hayan sido capaces hasta ahora de diferenciar y separar claramente lo uno de lo otro: de héroe del Rif a salvador de España, de *César Imperator* a Comandante en Jefe de la Nueva Numancia, de caudillo de la paz a genial artífice del desarrollismo español, de padre de la Patria a abuelo de España. La mentira y la manipulación permanente al servicio de su desmesurada ambición (trocada en ferviente patriotismo por sus propagandistas más serviles) fue el único norte de su vida.

En el capítulo 2 Preston despieza la atribución de lealtad de Franco a las instituciones republicanas y nos muestra su auténtica faz de traidor. Franco, en contra de su mitografía, nunca fue neutral. Fue mimado por la derecha cuando gobernó, puesto que era su gran esperanza, y temido por la izquierda, que lógicamente no se fiaba de él. Estaba en contra del «intervencionismo militar» si se trataba de la Monarquía o de gobiernos de derechas, pero si se trataba de la República o de gobiernos de izquierdas dicha lógica no intervencionista quedaba completamente anulada. Fue sobre todo un hombre a la espera de su oportunidad, oportunidad que de hecho le prepararon los demás, lo que cuestiona *stricto sensu* sus atribuidas cualidades caudillistas. Supo aprovechar mejor que nadie sus oportunidades con evidente astucia y únicamente en su propio beneficio, mejor que ninguno de sus compañeros. Preston nos traza una perspicaz síntesis, muy bien documentada, de la pretendida lealtad republicana de Franco, en la que porfían absurdamente los mentados revisionistas, desmontándola con la mera acumulación de todo tipo de documentación y testimonios relevantes, siendo el más gráfico y elocuente de todos el manifestado por el que fuera su jefe en África, el general Sanjurjo: «Franquito es un cuquito que va a lo suyo».

El capítulo 3, dedicado enteramente a la Guerra Civil, lo titula acertadamente como guerra de aniquilación pues, si algo caracterizó a Franco, fue, precisamente, la indiferencia absoluta que sentía por las vidas ajenas y el firme objetivo de diezmar al enemigo cuanto pudiese para hacer así más seguras las bases de su futura dominación. Ni Alejandro Magno, ni Cid Campeador, ni Napoleón. Las abundantes referencias de sus más cercanos colaboradores y asesores españoles y extranjeros nos ofrecen unas capacidades muy distintas a las que lógicamente corresponderían a un General en Jefe. No fue el genial estratega militar que se pretendió hacer de él, lo que tampoco implica que fuera militarmente un incapaz, como algunos pretenden desde el extremo opuesto. Sin embargo, como estratega político, retardando las operaciones militares ante un contexto internacional favorable, mostró su evidente habilidad pues así ganaba tiempo para afianzar su poder político antes de que finalizara el conflicto y se pudiera cuestionar su suprema jefatura militar. Como nos muestra Preston muy convincentemente, la ayuda de Hitler y Mussolini fue determinante para la victoria de Franco.

El capítulo 4 lo dedica Preston a diseccionar al Franco justiciero de la inmediata posguerra. La estrategia de Franco no consiste sino en continuar su política de venganza y Preston nos ofrece una variada y documentada muestra de su crueldad, arbitrariedad e indiferencia, no importándole lo más mínimo hacer caso omiso de sus consejeros más próximos y sobrepasando holgadamente los más amplios márgenes del terror institucionalizado. Franco no sólo no estuvo al margen de la brutal represión desencadenada en su zona, como algunos publicistas menores pretenden o tratan de minimizar, sino que, como muestra coherentemente su actitud una vez finalizado el conflicto, Franco siempre persiguió la atrición y punición máxima de sus enemigos, alcanzando niveles difícilmente comprensibles para cualquier persona dotada de un mínimo de humanidad. Franco carecía por completo de piedad. Nos parece absolutamente pertinente la caracterización como «holocausto español» de esta cuestión que Preston viene utilizando, junto con otros autores, frente

a las objeciones conceptuales que algunos historiadores esgrimen en este sentido. Precisamente por eso, echamos de menos una mínima orientación cuantitativa del coste real de dicho holocausto, que Preston conoce perfectamente (comparándola con el fascismo, por ejemplo), y que nunca viene de más para ayudarle al lector a fijar una obviedad ya indiscutible: que Franco fue un criminal de guerra y un genocida, por más que estas caracterizaciones sean también recibidas con cierta prevención por algunos autores. Pero los hechos son tozudos y es evidente que el franquismo fue más criminal que el propio fascismo, con el que se trata de criminalizar aún más el franquismo sin ninguna necesidad conceptual, puesto que se basta y se sobra a sí mismo.

El capítulo 5, dedicado enteramente al mito de Hendaya y a las relaciones de Franco con el Eje, no puede ser igualmente más oportuno pues, increíblemente, a él se siguen aferrando algunos de los propagandistas neofranquistas actuales más recalcitrantes, que se siguen empeñando en distorsionar una realidad hace mucho tiempo establecida: que Franco pujó mucho más por la beligerancia que por la neutralidad. Es un tema que Preston conoce bien y disecciona aquí con la claridad y el apoyo documental que vienen caracterizando su obra desde siempre. Frente a la ligereza, demagogia y superficialidad de la publicística «neofranquista», el hispanista británico despliega toda su acreditada profesionalidad y nos traza una perfecta síntesis de un tema complejo y controvertido, ofreciéndonos un documentado relato de las complejas relaciones establecidas por Franco con sus dos principales aliados, Hitler y Mussolini, que le ayudaron decisivamente a ganar su guerra, pero no mostraron el menor interés en que Franco participara en la suya, convencidos de que serían más los inconvenientes que las ventajas.

En el capítulo 6 se nos ofrece otra de las cuestiones más interesantes de la dictadura: las relaciones de Franco con sus generales. Aquí hay que rendirse sin condiciones ante la sagacidad, astucia y capacidad maniobrera de Franco, siempre más hábil que sus críticos y opositores. Fiel a la vieja máxima romana, *divide et impera*, que tan buen rendimiento le proporcionó en África con los cabecillas rifeños, el caudillo los fue anulando a todos, consintiendo además la generalización de la corrupción, sin que jamás mostrara el menor interés en atajarla. El revisionismo banal tiende a exagerar las conspiraciones contra Franco de sus generales para resaltar así la pretendida sagacidad de su héroe, ya que alguno de los más destacados de ellos afirma que cuanto más lo estudia más admira a tan esclarecido caudillo. Pero, como resalta Preston, a pesar de los sobornos británicos y el sentimiento monárquico mayoritario de los generales, tras el hundimiento nazifascista apenas una docena de ellos se enfrentó a Franco y aun así sin demasiada determinación. En realidad, no querían acabar con el régimen, sino limitar el poder de Falange y algún tipo de reconocimiento monárquico, al menos «teórico».

El capítulo 7 lo dedica Preston a analizar las interesantes relaciones que mantuvo Franco con la Falange. Franco nunca fue falangista, utilizó a la Falange fundamentalmente para dos cosas: una, como pantalla ideológica para dotar a su régimen de un contenido político mínimo, y la otra, como instrumento represivo a su servicio. Una vez que el personal político de Falange encontró fácil acomodo

en las instituciones nacionales, provinciales y locales del Estado, disminuyó su énfasis radical y «revolucionario» y dejó de ser un problema político para Franco, que pasó a controlar el partido a su entera conveniencia. Al final la batalla entre los monárquicos y los falangistas se saldó a favor de los primeros desde que Arrese fracasó en su intento de limitar su influencia, siendo él mismo relegado al secundario Ministerio de Vivienda.

Dedica Preston el capítulo 8 a abordar la magnificada cuestión del bloqueo, que habría obligado a Franco a ejercer de Comandante en Jefe de una nueva Numanzia. Gracias al férreo control sobre los medios de información, pudo presentar todas las acciones promovidas contra él y su dictadura personal como un acoso de las democracias resentidas con la Nación española (?), frente a lo cual no cabía otra opción que la resistencia patriótica (?). La «pérfida Albión», de la mano de Winston Churchill primero y de Clement Attlee después, vino en esta ocasión a salvarle la silla a Franco. La propia división de la oposición y del exilio y su persistente advertencia de que sin él una nueva guerra civil (chantaje del miedo) era inevitable vino a hacer el resto. Acabó creyéndose su gran mentira al identificarse con España, así el gran Estado masónico no le atacaba a él sino a España. No hubo verdadero cerco internacional. Franco enajenó la soberanía nacional y actuó irresponsablemente al aceptar la instalación de bases norteamericanas junto a centros de población. Naturalmente todo fue presentado a la opinión pública como grandes victorias del caudillo.

En el capítulo 9 se aborda la relación de Franco con la Monarquía. De Alfonso XIII se desentendió ante la proclamación de la República, a pesar del favoritismo real con que le honró el monarca. Fue nombrado generalísimo por el *lobby* monárquico que lideraba Kindelán, convencido de que restauraría la Monarquía tras la Guerra Civil, pero en cuanto Juan de Borbón quiso alistarse en su bando le dio largas pues no quería competidores. Eso sí, se sirvió de toda la pompa monárquica y ejerció como rey absoluto. Postergó siempre la cuestión monárquica (él no podía ser «un poder interino») y toreó siempre al pretendiente D. Juan en todas las cuestiones relativas a la corona. Cuando éste se dio cuenta de que Franco no cedería y se pasó a la causa «liberal», Franco y Carrero le acusaron de actuar como pelele de los masones. Jugó siempre con los monárquicos a su entera conveniencia y no nombró sucesor suyo a D. Juan Carlos de Borbón hasta 1969. Preston rebate convincentemente la pretensión de Ricardo de la Cierva y seguidores de que Franco sabía que Juan Carlos restauraría la democracia o de que incluso fue nombrado para ello. Otro mito o falacia más sobre el que es necesario seguir insistiendo. Franco quería a un rey franquista atado por sus propias leyes.

El capítulo 10 es de los más conseguidos pues se centra en el gran manipulador, por no decir el gran mentiroso que fue Franco, lo que desmonta completamente el mito que él mismo se construyó. Franco reescribe constantemente su propia historia mediante confidencias a sus propios turiferarios que son sencillamente falsas. Como un supuesto comentario del general Berenguer comentando lo bien que avanzaba una sección (octubre de 1914), a lo que le apostillaron diciéndole que era «la de franquito», que recoge Arrarás, uno de los historia-

dores oficiales confidente de Franco. Pues bien, en aquellas fechas Franco no estaba destinado en los regulares, ni era su jefe el entonces coronel Berenguer, ni mandaba sección alguna. Las referencias directas de quienes le conocieron muy de cerca, como su primo Franco Salgado-Araujo, Sáinz Rodríguez o su cuñado Serrano Súñer, ofrecen un personaje mediocre, siniestro y mezquino, mucho más ajustado a la realidad histórica. Igualmente mintió en su solicitud de la laurea, que le fue denegada. Finalmente se la otorgó él mismo. *Raza* nos ofrece un ejemplo insuperable entre lo que le habría gustado ser y lo que realmente fue. Al final le pasó lo mismo que a los mentirosos compulsivos, que acaban creyéndose sus propias mentiras.

El capítulo 11 también tiene especial interés por desmontar otro de los grandes mitos: el del gran estadista, el de trabajador incansable, el de sacrificado gobernante que jamás apagaba la luz de su despacho, pues, como decía su devoto Arias Navarro, él velaba incansable por los españoles todos mientras estos descansaban plácidamente. También relata su larga agonía, digna de la novela de García Márquez *El otoño del patriarca*, y los múltiples enredos familiares ante la inminente desaparición del abuelo de España (de la España de la victoria, claro).

El capítulo 12, y último, lo dedica Preston a analizar la negativa herencia franquista. Tras su muerte, el régimen que fundó pasó rápidamente al olvido, lo que no puede extrañar, como resalta el mismo Preston, habida cuenta de que fue un régimen únicamente destinado a satisfacer los propios intereses de Franco. Excluyendo a unos cuantos nostálgicos que hacen mucho ruido y a quienes gustan de relatos fantasiosos sobre un régimen en el que tanto creyeron y una figura a la que tanto idolatrarón o respetaron, se pregunta Preston ¿qué queda de todo ello? Queda «una combinación de ignorancia, indiferencia y la determinación de no volver a sufrir una dictadura». En definitiva, no deja de ser ilustrativo que los defensores o justificadores de Franco y su régimen no sean otros que propagandistas irrelevantes que no cuentan absolutamente nada en la configuración del «estado de la cuestión» historiográfico que se construye entre todos los profesionales cualificados. La obra se cierra con una detallada referencia bibliográfica comentada y puesta al día, de extraordinaria utilidad para el lector que quiera profundizar en el personaje y en el período histórico que bien podemos denominar franquismo o época de Franco. Ése fue su verdadero éxito: resistir, durar, mantenerse, permanecer, gozar del poder hasta su último aliento.

Paul Preston ha escrito otro gran libro, a través del cual asistimos a la constante reconstrucción que Franco hace de su propio personaje. La distorsión va *in crescendo* hasta convertirse en una verdadera caricatura de sí mismo, que resultaría cómica si su irrupción en la historia de España no hubiese resultado tan sangrienta, tan dramática. Se trata de una obra de extraordinaria utilidad para el lector culto, que bien sabe agradecer que el rigor documental del que siempre hace gala su autor no esté nunca reñido con la asepsia crítica ni con su buen oficio de escritor.

RODRÍGUEZ MATEOS, Araceli: *Un franquismo de cine. La imagen política del Régimen en el noticiario NO-DO (1943-1959)*, Ediciones Rialp, Madrid, 2008, 266 pp.

Hasta hace unos pocos lustros, el NO-DO, el noticiario cinematográfico oficial franquista, estaba casi por completo huérfano de estudios historiográficos de cierto calado. Esta ausencia no podía separarse del reparo de la historiografía académica contemporánea española a incluir el cine entre sus temas de estudio, a diferencia de lo que habían comenzado a hacer los historiadores de otras latitudes. En la actualidad, sin embargo, contamos ya con un importante corpus de análisis del NO-DO, más allá de la mera anécdota o de la narración intrascendente. Tras el libro de Saturnino Rodríguez (*NO-DO, catecismo social de una época*), llegaron el de Miguel Ángel Hernández (*Estado e información. El NO-DO al servicio del Estado unitario, 1943-1945*) y sobre todo el magnífico *NO-DO. El tiempo y la memoria*, de Rafael R. Tranche y Vicente Sánchez Biosca.

La situación, por tanto, se ha invertido, e incluso cabría preguntarse si es posible seguir sacando partido historiográfico al noticiario franquista. El libro de Araceli Rodríguez Mateos, profesora de Historia del cine informativo e Historia de la fotografía en la Universidad Rey Juan Carlos, demuestra que la respuesta a esa pregunta es afirmativa. *Un franquismo de cine. La imagen política del Régimen en el noticiario NO-DO (1943-1959)*, producto de la tesis doctoral de la autora, presentada en la Universidad Complutense, no se limita a ser una historia del cine, ni siquiera del cine informativo, sino que es un magnífico ejercicio de análisis de historia contemporánea por medio del cine.

En este sentido, destaca el entrelazamiento que Rodríguez Mateos realiza entre la historia del franquismo en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial, la historia de los medios de comunicación y la propaganda durante ese período y el análisis propiamente cinematográfico, aplicado en este caso al cine informativo. Así, frente a estudios de historia y cine que tienden a reforzar sólo el estudio cinematográfico, desconociendo incluso la bibliografía histórica sobre el período en que se filmaron o sobre el que tratan las películas analizadas, o a aquéllos en que el cine es un mero añadido decorativo para un análisis puramente histórico, este libro utiliza la metodología adecuada para acercarnos a la imagen política que la dictadura de Franco transmitió de sí misma a través del NO-DO.

Para ello, Araceli Rodríguez ha estudiado todos los números semanales del noticiario entre 1943 (año de su primera edición) y 1959 (momento en que, según la mayor parte de los analistas, comienza una nueva fase del régimen franquista), así como los correspondientes a la revista cinematográfica *Imágenes*, también editada por el NO-DO. Se trata de un material ingente, del que se han seleccionado las noticias con contenido «político», para analizarlas según una metodología bastante novedosa, que la autora especifica en el anexo II del libro. Este anexo es un «modelo de análisis de los contenidos del NO-DO», que con seguridad podrá ser de utilidad para futuros estudios temáticos de este noticiario o para analizar su etapa posterior a 1959.

Tras una serie de consideraciones generales sobre la crónica política en el NO-DO, un capítulo de gran interés se dedica a la presencia del propio Francisco Franco en el noticiario. El dictador se presentaba ante la audiencia como un general victorioso, un *caballero cristiano* querido por el pueblo, modelo personal y familiar para los españoles y trabajador incansable por el país al que gobernaba, siempre apoyado por el Movimiento. El siguiente capítulo se centra en la crónica cinematográfica del Gobierno franquista, con especial atención a su toma de posesión; a la acción de los ministros, especialmente los más *populares*; a la política exterior española, desde la neutralidad en la Segunda Guerra Mundial hasta el reconocimiento exterior del régimen, pasando por la etapa de aislamiento internacional; y a la política interior, con la diferencia entre los años cuarenta y la mayor estabilidad de los cincuenta. Un último capítulo analiza la presencia en el noticiario de los dos apoyos políticos más importantes de la dictadura, el Ejército y la Falange, incluyendo aspectos de gran interés, como la memoria cinematográfica de la Guerra Civil, la acción de las tropas españolas en el norte de África en la posguerra, el epílogo de la *etapa azul*, la *desfascistización* de los años cincuenta o la imagen de José Antonio Primo de Rivera.

Es cierto, no obstante, que se podían haber incluido otros aspectos que, en un régimen dictatorial como el de Franco, formaban también parte de la *política* franquista, como la presencia de la Iglesia o de la cultura. Sin embargo, ello hubiera ampliado quizás demasiado un trabajo que ni quiere ni puede ser un estudio completo de la historia de España en esa época a través del NO-DO. De hecho, la autora presta atención también a algo muy importante en el estudio cine-historia, que es precisamente lo que no se ve en la pantalla, como las huelgas o los movimientos de protesta estudiantil de los años cincuenta.

A lo largo del libro, queda claro que el noticiario, con independencia de su carácter completamente propagandístico, ligado a la *verdad oficial*, nos dice mucho de la historia política de la España de Franco. Sin transmitir un corpus ideológico definido y completo, el NO-DO expuso valores y principios políticos propios del ideario franquista, sin excesiva distinción entre las diversas *familias* del régimen. En este sentido, quizás el aspecto más complejo del análisis sea saber hasta qué punto el noticiario influyó en la población de la época. En las conclusiones, Rodríguez Mateos afirma que la desmovilización de la mayor parte de la sociedad española de la posguerra hizo que el NO-DO no se rechazara de plano. Ello fue debido también a que los contenidos políticos eran sólo parte de una ventana variada e incluso entretenida, donde los espectadores podían acercarse a imágenes de deporte, moda, curiosidades, etc. Por ello, el noticiario contribuyó probablemente en esta primera etapa a aportar apoyos sociales al régimen, popularizando el mito del *caudillo* y plasmando en la pantalla la imagen positiva de la *nueva España*. Por ello, dadas las diferencias entre la posguerra y el período del desarrollismo, sería interesante analizar en el futuro cómo el NO-DO plasmó la segunda parte del régimen, siguiendo la metodología aplicada por Araceli Rodríguez Mateos en este libro.

ARRIETA ALBERDI, Leyre: *Estación Europa. La política europeísta del PNV en el exilio (1945-1977)*, Tecnos, Madrid, 2007, 373 pp.

En su origen una tesis doctoral presentada en la Universidad de Deusto a principios de 2006, la obra de Leyre Arrieta que aquí comentamos representa una importante aportación al estudio de la evolución política del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en la larga etapa del exilio, ahondando en la dirección iniciada hace algunos años por los profesores De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz con el segundo volumen de *El péndulo patriótico* (2001). Pero, con ser importante el hecho de que el conocimiento de una etapa del nacionalismo vasco *clásico* hasta ahora muy parca en estudios monográficos —al contrario que el nacionalismo vasco de izquierda radical— se vea enriquecido con nuevos aportes, gracias también a la plena accesibilidad desde hace una década de los ricos fondos custodiados por el Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco, este libro supone además un enfoque original desde el punto de vista temático, por cuanto analiza la evolución político-ideológica del histórico partido *jeltzale* desde la perspectiva de sus posicionamientos ante el proceso de unificación europea, y desde la óptica de sus relaciones exteriores. Aspecto este último que, aunque conocido en sus líneas generales y exhaustivamente estudiado para el período anterior a 1945 por autores como Alexander Ugalde (1996) y Jiménez de Aberasturi (1999), así como por aproximaciones monográficas del propio Ugalde, las amplias referencias del citado *El péndulo patriótico* o la reciente biografía de José Antonio Aguirre por Ludger Mees (2006), demandaba un estudio riguroso y exhaustivo como el que aquí se comenta. Y que constituye, además, un punto de vista complementario en la bibliografía acerca de las relaciones entre España (o *las Españas*, en particular las del antifranquismo) y Europa en el período estudiado, así como una relevante aportación a los diversos estudios sobre la relación entre los nacionalismos subestatales y la idea de Europa en la posguerra.

La autora conoce bien la bibliografía más relevante sobre la materia, y maneja con soltura sus fuentes, abundantes aunque a veces anodinas, para trazarnos de modo ágil y documentado la trayectoria europeísta del PNV, situándola en el contexto de la evolución del exilio vasco y español, y en el de los avatares del pensamiento europeísta. Tras un sintético capítulo introductorio en el que se pasa revista a los planteamientos europeístas del PNV, o quizás sea más acertado decir a las actitudes del partido *jeltzale* ante la política europea, sus referentes exteriores y las vicisitudes de los proyectos de cooperación internacional, entre su fundación y la primera posguerra, Arrieta distingue cronológicamente entre una fase que denomina de *esperanza* (1945-50), otra de *desilusión* (1950-60) y una final de *resignación* (1960-77). Combinado el análisis del discurso europeo del PNV y su actuación práctica en la escena internacional, la autora dibuja con precisión, por un lado, la evolución doctrinal del pensamiento europeísta vasco, que veía en el proceso de unidad continental una esperanza para las naciones sin Estado, en la medida en que la constitución de una comunidad política supranacional podría debilitar el papel de los Estados-nación y otorgar un protagonismo político como sujetos de la vida política europea a las regiones, comunidades etnoculturales y naciones sin reco-

nocimiento institucional. Y, por otro lado, muestra acertadamente los límites que a la utopía europea imponía la realidad del lento proceso de construcción de esa unidad, basado en una cooperación entre Estados más que en un impulso federal, al mismo tiempo que el importante papel político que jugaban la legitimación exterior y el protagonismo internacional tanto dentro de las lides internas del propio nacionalismo vasco como dentro del ámbito del exilio republicano español. Arrieta demuestra que el europeísmo, el federalismo y la evolución doctrinal hacia la democracia cristiana que fue un corolario de la modernización del discurso de los dirigentes del PNV fue, en el fondo, cosa de unos pocos de ellos: fundamentalmente, líderes con carisma e hiperactivos como el *lehendakari* Aguirre, Javier Landaburu, José M.^a Lasarte, Joseba Rezola o Manuel de Irujo. Por el contrario, entre buena parte de la militancia *jelkide* tanto en el interior como en el exilio los postulados sabinianos tradicionales siguieron muy vivos, como mostraron sin ir más lejos la constitución del *Sabindiar Batza* a principios de la década de 1950 como reducto de los sectores puristas, representados por Ceferino de Jemein, y las protestas que la promoción del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo por parte del PNV en 1950 suscitó entre numerosos militantes de base y dirigentes intermedios (pp. 120-124).

Además de ello, Arrieta ilustra el importante papel que la participación, a veces frenética, del PNV en las actividades de los Nuevos Equipos Internacionales, el Movimiento Europeo o los diversos foros federalistas, y la colaboración más o menos simbólica con partidos democristianos, acabó por jugar no sólo en la propia modernización ideológica de la doctrina oficial del PNV, sino también en el mantenimiento de una *presencia internacional activa* en las bambalinas de la política continental. La asistencia de Aguirre, Landaburu, Lasarte o Rezola a reuniones, congresos y actos políticos en diversos países garantizaba cuando menos una *visibilidad* a las demandas nacionalistas vascas. Una visibilidad que, particularmente en la dura década de 1950, suplía y compensaba los problemas de implantación en el interior de Euskadi o la ausencia de perspectivas para derrocar al régimen franquista. El PNV fue un auténtico dinamizador, aunque sólo fuese en un principio por motivos tácticos e instrumentales, de la causa federalista y europeísta en el seno del alicaído exilio español, y dentro de este último pudo jugar así un papel que reforzó su prestigio y sus relaciones políticas. Posición que además contrastaba, pongamos por caso, con la del catalanismo en el exilio, que entraba en una fase de larga decadencia sólo sostenida por la presencia simbólica, pero aislada, de Josep Tarradellas, mientras que el galleguismo se reducía a su presencia inoperante en la lejana Buenos Aires, y la mayoría de los partidos políticos republicanos españoles languidecían y apenas mantenían, salvo personalidades como Salvador de Madariaga, una línea directa con los artífices de la política europea en aquel momento. Sin ser los únicos europeístas y *occidentalistas* del exilio antifranquista, sí es cierto que los líderes *jeltzales* jugaban un claro papel de vanguardia en esa dimensión.

Ciertamente, los dirigentes *jelkides* experimentaron ideológicamente un cierto rapto de Europa. Pero la realidad era que Euskadi seguía estando *raptada* por Franco. El frenético voluntarismo europeísta, como bien señala la autora,

suponía también para los dirigentes *jelkides* un agarrarse a un clavo ardiendo (p. 187 y ss.), y más tarde mantenerse «a flote» en las aguas de la política europea. Empero, también era una manera de no caer en el testimonialismo. Pues la presencia activa en congresos, reuniones y foros de debate supuso un baño de *Realpolitik* para los dirigentes *jelkides*, que pudieron apreciar de primera mano cuán lejos, ya desde 1947, estaba por llegar la que después se denominaría *Europa de los pueblos* que se propugnaba en el plano simbólico y teórico; y también les mostró lo importante que era jugar la carta pragmática de un europeísmo práctico, mientras se mantenía para uso interno la esperanza en que la unidad continental sería, antes o después, una garantía de libertad para las naciones sin Estado, a pesar de que todas las evidencias de la evolución del proyecto europeo a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 apuntaban más en la dirección de la consolidación del paradigma gaullista que concebía la Europa unida del futuro como una *Europa de las patrias*, entendidas como Estados-nación consolidados.

Con todo, la difusión desde la década de 1960 del principio de subsidiariedad, del «etnismo» de autores como Guy Héraud, de las demandas de regionalización de la CEE y la lenta emergencia de foros que propugnaban el «federalismo integral» como fórmula de articulación política de la Europa futura, permitían a los *jelkides* abrigar esperanzas inconcretas en que las tornas cambiarían en el futuro. Mientras tanto, si en el ámbito del discurso europeísta el PNV mantuvo una línea constante entre 1945 y 1977, en la práctica la estrategia política se tornó progresivamente más dúctil y realista, y pasó a depositar más esperanzas en la coordinación y participación de los nacionalistas vascos con los organismos unitarios del exilio español, y en particular con el resto de núcleos democristianos españoles (tanto del exilio como del interior). Paradójicamente, el paso por Europa llevó al PNV, en el terreno de la estrategia política práctica, a una mayor colaboración con fuerzas *españolas*. Algo que en el momento de alumbrarse la Transición política española permitió al partido *jeltzale* no repetir el error de 1930-1931, es decir, aislarse de las plataformas y alianzas de la oposición antidictatorial.

Leyre Arrieta expone todas estas cuestiones con una prosa ágil y un ritmo narrativo convincente. Aunque el relato no puede evitar en ocasiones contagiarse del propio decaimiento y hasta pseudoburocratismo que sus fuentes transpiran —el exilio es pródigo en producir montañas de papel y en elaborar proyectos utópicos; y a veces esos documentos voluntaristas a duras penas disimulan la triste realidad de que poco se movía durante amplias fases del larguísimo destierro—, la autora consigue mantener vivo el interés del lector a lo largo de sus más de trescientas páginas. A ello contribuye igualmente la adecuada organización temático-cronológica de los distintos capítulos. Sólo queda una pregunta sin resolver. ¿Cómo vieron los demás actores internacionales (el Movimiento Europeo, los grupos federalistas, el MRP francés o la DC italiana...) al nacionalismo vasco? ¿Cuál fue la percepción que de las demandas nacionalistas de los vascos se tenía en «Europa»? Esto habría supuesto la consulta de unas fuentes dispersas por varios países, pero es de esperar que una investigación posterior, tal vez de la misma autora, nos cierre el círculo de esta Historia de las Relaciones Internacionales con protagonistas subestatales y

transnacionales, mostrándonos el grado en el que las ilusiones y expectativas de los dirigentes *jelkides* pudieron corresponderse, en algún momento, con posibilidades reales. O, simplemente, cómo se les veía fuera.

Xosé M. Núñez Seixas

MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo: *Cuestión de tijeras. La censura en la transición a la democracia*, Síntesis, Madrid, 2008, 327 pp.

«Se trata de formar hombres, no maricas, y esos melenudos trepidantes que algunas veces se ven no sirven, ni con mucho, a este fin». Quien así se despachaba a propósito de la programación televisiva no era cualquier casposo funcionario de la censura franquista. Era, nada menos, que el almirante Carrero Blanco, a la sazón presidente del Gobierno y mano derecha del general Franco, y lo hacía en fecha tan avanzada como diciembre de 1973 en un borrador escrito en vísperas de su asesinato. El exabrupto —como tantas anécdotas relacionadas con la censura en esos años— tiene su indudable vertiente cómica, si no fuera porque, por encima de su comicidad, ponía de manifiesto el hecho nada chistoso de unos medios de comunicación amordazados, y por ende, de toda una sociedad sometida a la privación de un derecho fundamental como la libre expresión de las ideas y la difusión veraz de la información.

El estudio de la censura en la España de aquellos años ha avanzado de forma considerable en las tres últimas décadas. No son escasas las publicaciones que lo abordan desde los distintos medios —la prensa, la radio, la televisión, el cine o la creación literaria—, ni pocos los estudios de órganos concretos, biografías personales o memorias de profesionales y artistas que la padecieron que no den su contribución parcial a ese aspecto. Pero había llegado la hora de la síntesis abarcadora, de la visión del fenómeno de la censura en su conjunto, sin excluir ningún ámbito en cuanto respecta a los medios de comunicación social, incidiendo además de modo particular en la compleja realidad de la última década del franquismo y la transición democrática, cuyo desenlace puso fin a tan lamentable práctica. Y ha sido una ventura que la tarea, nada fácil, la haya afrontado un historiador de la solvencia de Ricardo Martín de la Guardia.

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid, el autor reúne las mejores condiciones para escribir esa historia, que no se limita a extractar e incluir en un esquema coherente lo ya publicado por otros autores, sino que se sumerge en las fuentes directas, consiguiendo, además, transmitir al lector esa cercanía material con los documentos, básicamente hemerográficos. Y las reúne, decíamos, porque a sus conocidas investigaciones sobre los medios de comunicación en la dictadura de Franco une el hecho de contarse entre los primeros especialistas españoles en el fenómeno de los totalitarismos y, por añadidura, en las transiciones operadas en la Europa del Este a partir del colapso del sistema soviético.

En el franquismo —y no descubrimos nada nuevo— hubo elementos sustanciales constantes y aspectos que fueron transformándose, a veces en un nivel epi-

dérmico, al compás de los cambios históricos que enmarcaron un periodo tan dilatado. El lugar que desempeñaron en él los medios de comunicación no escapa a esa dualidad. Así, vale para toda la era de Franco la caracterización que hace el profesor Martín de la Guardia en las páginas introductorias sobre la función de los medios y su perversión. El régimen surgido de la Guerra Civil los entendió como «un instrumento de control social mediante el ejercicio práctico de presentar y difundir unos patrones de comportamiento y unas formas de comprensión de la realidad adecuadas al fin último de legitimar el régimen», con la pretensión añadida de que fueran «componentes básicos del sistema político». Aún se acentuaría su perversión al hacer que «el periódico [y por extensión, los demás medios, nos permitimos añadir], reflejo, en teoría, de la realidad sobre la que informa, se convertía en un fruto de la construcción de la realidad efectuada por el aparato del Estado» (pp. 11-12).

Ese elemento constante, sin embargo, no es incompatible con el *leitmotiv* del libro: la sustitución de una legislación nacida en plena guerra por la conocida como «Ley Fraga» de 1966 —que a su vez era una consecuencia inercialmente aplazada de cambios más profundos en la estructura económica y social—, con todas sus insuficiencias, e incluso con sus mecanismos de control y sanción mucho más sofisticados, hizo posible —bien que a pesar de sus impulsores— la creación de un «espacio público», algo incompatible con la naturaleza dictatorial del régimen. Un nuevo espacio donde «el margen de maniobra de los periodistas, aunque discreto, sirvió para remover las conciencias y sentar las bases y discusiones cuya proyección en la configuración del Estado de Derecho posterior a 1975 nadie pone en duda». «Al final del Régimen y durante la Transición —señala seguidamente, adelantando la conclusión— la prensa no sólo fue el foro de esos debates y reflexiones o la voz que informaba sobre los cambios, ni tampoco un mero notario de los acontecimientos trascendentales para el futuro del país, sino que se convirtió en poder y sirvió para incentivar las transformaciones de las que daba cuenta» (pp. 79 y 81).

Poco se entendería el cambio experimentado a partir de la Ley de 1966 sin una consideración de las normas y prácticas que encuadraron el fenómeno de la comunicación de masas del franquismo desde sus orígenes. Por eso el autor dedica un primer capítulo a resumir de forma esclarecedora una realidad bastante complicada, cuyo hito fundamental fue la Ley de Prensa de 1938. Nacida en las circunstancias provisionales de la guerra y con «estrechos vínculos dogmáticos» —como recalca el autor— con la legislación fascista italiana, como tantas otras provisionalidades del régimen prolongó su vigencia por casi tres décadas. Lo más destacable era la imposición de una rígida censura previa —erigida en celoso guardián de la ortodoxia del Nuevo Estado—, la conversión del periodista en «una suerte de funcionario con una formación profesional específica» (regulada por la Escuela Oficial de Periodismo creada en 1941), encuadrado en un Registro Oficial, y de la información en consigna. Por lo que respecta a la radio, una orden de octubre de 1939 también sometía sus emisiones a la censura previa y obligaba a conectar a cualquier emisora con los «diarios hablados» de Radio Nacional de España, dándole así a ésta el monopolio de la información nacional

e internacional. Curiosamente, ambos hechos se mantuvieron hasta el final de la dictadura. Ni que decir tiene que la cinematografía o la televisión (implantada a mediados de los cincuenta), jamás se vieron exentas del control más riguroso, cumpliendo así una regla infalible en la comprensión del mecanismo de la censura en cualquier tiempo y lugar: ser más estricta cuanto mayor alcance social tenga el medio.

A la altura de los años sesenta, las circunstancias del país habían cambiado lo suficiente para que aquella legislación no fuera un flagrante anacronismo. Ni la realidad social española, ni la voluntad del régimen de renovar su discurso legitimador (sin renunciar al fundacional) y mejorar su presentación de cara al exterior aconsejaban una posición de cerril inmovilismo en este aspecto. Aun así, la elaboración de la nueva Ley de Prensa e Imprenta, aprobada en 1966, fue el resultado de un lento proceso de gestación, si tenemos en cuenta que su principal impulsor, el ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne, había accedido al cargo cuatro años antes, relevando al inefable Gabriel Arias Salgado. Su novedad más notoria fue la sustitución de la censura previa por un complejo sistema de cautelas, controles y sanciones que, como señala certeramente el autor, «podía resultar a la postre mucho más efectivo y sutil que la tosca censura previa». La Ley, en definitiva, reflejó «el afán liberalizador de los poderes públicos para intentar mantener un control efectivo sobre la información detrás de una máscara liberalizadora» (p. 76). El Ministerio, a través de la Dirección General de Prensa, seguía monopolizando el sistema comunicativo a través de varios instrumentos: Primero, mediante el control de la empresa periodística, al reservarse la potestad de conceder o denegar la inscripción obligatoria en el registro de empresas. Decidía, en segundo lugar, quién podía ejercer la profesión, al depender de ella la concesión del carné de periodista, requisito imprescindible. En tercer lugar controlaba el flujo informativo: las materias sobre las que se podía tratar, la restricción de las fuentes de información y castigos a las extralimitaciones establecidas por la Ley. En este sentido, su temido artículo segundo, que establecía severas limitaciones a la libertad de expresión y daba pábulo a toda suerte de arbitrariedades ante la infracción de la norma, acentuó el grado de inseguridad en que se movían los periodistas.

El proceso vivido desde la aprobación de la «Ley Fraga» hasta el final de la censura con la aprobación de la Constitución de 1978 constituye la médula de *Cuestión de tijeras*. Como es natural, la parábola descrita no se pudo cumplir sin un largo historial de resistencias, audacias, acomodaciones, transformismos, reveses y víctimas, del que da cuenta —con un afán de selección cercano a lo exhaustivo— el profesor Martín de la Guardia. Por el libro desfilan los avatares de la prensa diaria (de alcance nacional y de provincias, sin excluir los cada vez más deficitarios órganos de la prensa del Movimiento) y de las publicaciones no diarias, con referencias —ciertamente menos extensas, porque de menor alcance fueron los cambios operados en ellas— a la radio, la cinematografía y la televisión. La riqueza de datos y la justeza de las interpretaciones impiden al reseñista otra cosa que no sea la invitación a su lectura. En sus páginas encontrará el lector referencias pormenorizadas a revistas como

Triunfo, Cuadernos para el Diálogo, Cambio 16, Sábado Gráfico, Andalán, Hermano Lobo o El Papus, por citar algunas de las más castigadas por el rigor censor con multas, secuestros y suspensiones. La mayoría de ellas, tras haber hecho su contribución a aquellos años de pugna por las libertades democráticas, paradójicamente, languidecieron hasta desaparecer poco después de logradas éstas.

No hay proceso histórico, por positivamente que se valore, que no presente su reverso y sus sombras. Y aunque en cierta medida desborda el marco del libro, el autor apunta la existencia de dos factores negativos derivados de la estructura informativa establecida en la transición al sistema democrático, cuyo influjo llega hasta la actualidad. Por un lado, la «afinidad de parte de la profesión periodística con el poder político, antes por su control durante el régimen del general Franco y, posteriormente, por su implicación con las élites políticas durante el proceso de transición. En segundo término se encuentra la existencia de un limitado mercado mediático para el desarrollo de la estructura informativa; de no ser así, hubiera sido posible una mayor autonomía empresarial respecto de los poderes públicos». «Estos factores —concluye— podrían explicar la “crisis del espacio público” vigente en la sociedad española desde mediados de los años ochenta y causa parcial de un menor desarrollo de los valores participativos de los ciudadanos españoles, de la pérdida de músculo de la “cultura cívica” en comparación con otros países europeos» (p. 289). Dos cuestiones de calado polémico, cuyo análisis en profundidad daría, obviamente, para otro libro.

Cuestión de tijeras se convierte así en obra de referencia obligada para el estudio de la censura en los últimos años de la dictadura franquista. Si los historiadores de la transición vienen reconociendo en la práctica la necesidad de partir del tardofranquismo para explicar las transformaciones que estaban por venir —pero cuyo desenlace carecía de guión previo—, esta obra muestra hasta qué punto el conocimiento del mundo de la información (y las formas de ahorrarla y controlarla) proporciona luz sobre sus primeros atisbos y esbozos, en un escenario a la vez conflictivo y de complicidad entre la prensa y las élites políticas que optaron, finalmente, por un proceso reformista. La exposición de los problemas históricos por parte del profesor Martín de la Guardia se mueve en términos de una serenidad crítica encomiable y a la claridad y precisión de su escritura, signo distintivo habitual en sus textos, añade, cuando la ocasión se presta, una fina ironía que nunca es puerta falsa para trivializar realidades lamentables, ni para dejarse llevar —algo nada infrecuente en otros estudiosos— por una irrefrenable tendencia al esperpento. Con un anexo documental bien seleccionado y una amplia bibliografía, el libro, por otra parte, está pulcramente editado por Síntesis (la limpieza de erratas es también, y cada vez más, acreedora a figurar en una reseña), de manera que nada puede empañar el placer de su lectura.

TILLY, Charles: *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, 234 pp.

Con independencia de la especialidad que queramos traer a colación, en el firmamento académico son contados los científicos capaces de acreditar una trayectoria intelectual relevante, esto es, en primera fila del debate nacional e internacional, durante un periodo de casi medio siglo. Charles Tilly es uno de ellos. Desde que se doctoró por la universidad de Harvard en 1958 no ha dejado de realizar contribuciones sustantivas a la sociología, la historia y la ciencia política. Siempre desde un ánimo interdisciplinar que le ha convertido en una de las figuras estelares de las ciencias sociales de la segunda mitad del siglo pasado y, como el libro que comentamos a continuación viene a corroborar (si es que todavía le hiciese falta confirmar su posición), también de comienzos del siglo XXI.

En mayor o menor medida, dependiendo del dominio, del grado de originalidad e incluso de genialidad, quien desarrolla su actividad científica en una disciplina cualquiera lo hace siempre elevado a hombros de gigantes. Sólo partiendo del grado de conocimiento existente se pueden entreabrir las puertas para su refinamiento o, dado el caso, trascendencia. Y ello matizando o refutando el saber heredado, añadiendo nuevos datos, innovando en el plano metodológico, en definitiva, desafiando los parámetros de la ciencia en su nivel de desarrollo específico. Lo peculiar del caso de Tilly es que bien se podría decir sin ápice de exageración que el gigante es él mismo. Como no podía ser de otra manera, construye ciencia en diálogo con otros autores y tradiciones, pero también descansando en sus propias aportaciones, sobre sus propios hombros. Enseguida iremos descubriendo el sentido último de esta afirmación.

La obra que comentamos aspira a sentar las bases para el análisis de los procesos que dan lugar a regímenes democráticos. ¿Cómo y por qué surgen las democracias, regímenes por lo demás, desde una perspectiva histórica, raros, contingentes, recientes y precarios, que sólo vieron la luz a escala nacional en Europa y Norteamérica a partir de finales del siglo XVIII? ¿Por qué a veces algunos países abandonan la ruta ascendente, la senda ilustrada señalada por la razón, y se des-democratizan? Para abordar estas preguntas en toda su amplitud y complejidad, Tilly se guía por el programa de investigación que dejase sentado hace casi un cuarto de siglo en su obra *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (original: 1984; 1991). «¿De qué modo —se preguntaba entonces— podemos mejorar nuestra comprensión de las estructuras y procesos a gran escala que transformaron el mundo del siglo XIX y de los que están transformando el nuestro?» (p. 16). Propone Tilly como herramienta heurística la comparación a partir de bloques sustanciales de espacio y tiempo, pues será a partir de ahí que podremos singularizar las causas y los efectos que intervienen en una dimensión determinada del proceso de modernización (industrialización, urbanización, secularización, etc.).

En la obra que ahora nos ocupa se fija en uno de los procesos asociados a la modernidad política, la democracia. El despliegue argumentativo y conceptual viene ilustrado por un amplio catálogo de casos de estudio. Así, introduce consideraciones sobre los últimos rankings de democracia publicados por la organización

Freedom House fijándose en los casos de Kazajistán o Jamaica; sobre Francia, con los progresos y recesos de su democracia a partir del siglo XVI hasta ayer mismo (en este extremo conviene recordar que Tilly ha consagrado varias obras fundamentales a la historia contemporánea del país vecino, *The Vendee* —1964— y *The Contentious French* —1986—); sobre Suiza o los EE.UU. durante el siglo XIX; sobre los avatares más recientes sufridos por la democracia en países como Venezuela, Argentina o Sudáfrica; sin olvidar un caso al que dedica particular atención, la democratización en España entre 1914-1981, país de cuya historia reciente demuestra un exquisito conocimiento. No es que Tilly efectúe análisis exhaustivos de los procesos de democratización de estos y otros países, tarea en cualquier caso más allá de su objetivo, sino que recurre a los ejemplos y casos de estudio a conveniencia, invocándolos cuando una experiencia particular ilustra un aspecto que le interesa destacar en su despliegue argumentativo.

La formación del Estado nacional, la implantación del capitalismo, las revoluciones o el proceso de urbanización han merecido durante las últimas décadas la atención del investigador norteamericano. Siempre, ya ha quedado consignado, con el ánimo de comprender las transformaciones estructurales clave por las que ha atravesado el mundo desde su entrada en la modernidad; siempre también con la variable temporal como hilo conductor. Con la presente obra, decíamos, le ha llegado el turno al análisis de los factores conducentes a la democratización (y a su correlato, la des-democratización). Aunque la obra lleva por título *Democracy*, la obra versa más bien sobre los procesos que facilitan (u obstruyen) la democratización. El matiz terminológico no es caprichoso. Nuestro autor desestima sucesivamente diferentes enfoques al estudio de la democracia: los *constitucionalistas*, que fijan su atención en el entramado legal; los *substantivos*, centrados en si un régimen dado promueve la libertad individual, la seguridad, la igualdad o la deliberación sobre asuntos públicos y, por último; los *procedimentales*, con la centralidad que otorgan a las elecciones. Tilly prefiere abrazar un enfoque que denomina *orientado al proceso* pero que, a diferencia de otros autores en esta línea como Dahl y su modelo poliárquico, aspira a identificar una serie de procesos necesarios que permitan a un país avanzar en la senda de la democratización. Desde su perspectiva, un país entra en la categoría de democrático en la medida que las autoridades actúan de acuerdo con las demandas de sus ciudadanos, a quienes ha consultado previamente sin exclusiones de ningún género y con quienes sostiene relaciones rutinarias y vinculantes. La diferencia crucial entre otros enfoques y el suyo es que los primeros remiten a dicotomizaciones estáticas del tipo sí/no para dilucidar si un régimen es o no democrático, según cumpla con los requisitos legales, finalistas o procedimentales mencionados previamente, en tanto que a él le importa aislar los procesos (dinámicos) para dilucidar si un país se está democratizando o, por el contrario, retrocediendo en la profundización y calidad de su democracia. Así, en tanto que los defensores de otros enfoques no albergan dudas a la hora de clasificar a la India (o, podía haber añadido en este extremo, cualquier país occidental) como una democracia según sus respectivos parámetros, a Tilly le preocupan más bien las fluctuaciones que sufre el gigante asiático entre más o menos democracia (p. 189).

Desde un proyecto que toma la historia en serio a la hora de abordar los fenómenos sociales, como ha sido siempre el suyo, nuestro autor identifica tres procesos que, considerados de forma conjunta, son elevados a la categoría de necesarios para consolidar la democracia (la tendencia inversa sería, por el contrario, indicativa de un proceso de des-democratización):

1. Aumento de la integración en la política de redes de confianza interpersonales tales como el parentesco, la religión o las redes comerciales. Donde antes estaban al servicio de intereses parroquiales y optaban por la «salida», ahora estas redes van a fomentar las respuestas tipo «voz» y «lealtad» en la vida pública, por tomar prestada la terminología de Hirschman (este es el tema al que dedica su monografía *Trust and Rule*, 2005).

2. Aislamiento de la vida pública, vale decir, neutralización, de la desigualdad categorial en razón de raza, género, casta, religión o clase. La democracia goza de una mejor salud cuando la desigualdad, en tanto que relación entre personas o agregados de personas cuya interacción genera ventajas para unos en detrimento de otros, no obtiene traducción en el plano político (Tilly se ocupa en extenso de este factor en su obra *Durable Inequality*, 1998).

3. Autonomía decreciente de los centros de poder heredados, sobre todo de aquellos que han dispuesto o disponen de medios coercitivos significativos, tales como señores feudales, comunidades religiosas, ejércitos privados y grupos de parentesco. El sometimiento de dichos centros al poder político es un indicador inequívoco de democratización (tema, siquiera parcialmente, abordado en su obra *Coerción, capital y los estados europeos*, 1992 —original: 1990—).

La combinación de estos tres procesos se ha mostrado históricamente eficaz para que cada vez más sean los países que hoy disfrutan de regímenes democráticos. Sin embargo, nos recuerda Tilly, en el mundo contemporáneo, igual que en el pasado reciente, la des-democratización es cuando menos tan frecuente como la democratización. La democracia, nos avisa, siempre corre el riesgo de constreñir la participación, de abrirse a nuevas formas de desigualdad política o de retrocesos en los niveles de protección. Y finaliza con una recomendación para hacer extensiva la democracia a todos los rincones del mundo que no nos resistimos a transcribir en toda su extensión: «Si los argumentos esgrimidos en este libro son correctos, quienes aspiramos a que se difundan las ventajas de la democracia al mundo no democrático no perderemos el tiempo predicando las virtudes democráticas, diseñando constituciones, fomentando organizaciones no gubernamentales o identificando bolsas de sentimiento democrático en el seno de regímenes no democráticos. Por el contrario, dedicaremos nuestro esfuerzo a promover la integración de redes de confianza en la política, a salvaguardar la política de la desigualdad categorial y a trabajar contra la autonomía de los centros coercitivos de poder. A buen seguro, este esfuerzo nos conducirá luego a predicar las virtudes democráticas, diseñar constituciones, fomentar organizaciones no gubernamentales e identificar bolsas de sentimiento democrático, pero únicamente en la medida que están al servicio de estas transformaciones más amplias», p. 205).

Abordar un fenómeno tan poliédrico como es la democracia y la democratización, máxime desde su historicidad, es un proyecto tan ambicioso que desborda

los límites que cualquier investigador individual se pueda marcar a sí mismo. Sin embargo, en el caso de este trabajo de Tilly, con la soberbia precisión conceptual y expositiva a que nos tiene acostumbrados, parecen estar sentadas las bases para acometer estudios de caso delimitados espacial y temporalmente. Sobre sus hombros, entonces, veríamos entre todos el modo de alcanzar un mundo con más democracias, más democrático en definitiva.

Jesús Casquete

NOTA: Recibimos la noticia del fallecimiento de Charles Tilly cuando la presente reseña estaba ya escrita. Ocurrió el pasado 29 de abril de 2008 en Nueva York tras una larga enfermedad y cuando estaba a punto de cumplir 80 años. Todos los que hemos seguido de cerca su prolífica obra sobre temas tan variados como la acción colectiva, la desigualdad social, la construcción estatal o la democracia tenemos a buen seguro múltiples deudas intelectuales con él. Quienes, además, tuvimos el privilegio de disfrutar de su magisterio directo hemos de añadir a ello el recuerdo imperecedero de su cercanía, humildad y generosidad. Sirva la presente reseña como homenaje postrero de un discípulo suyo.